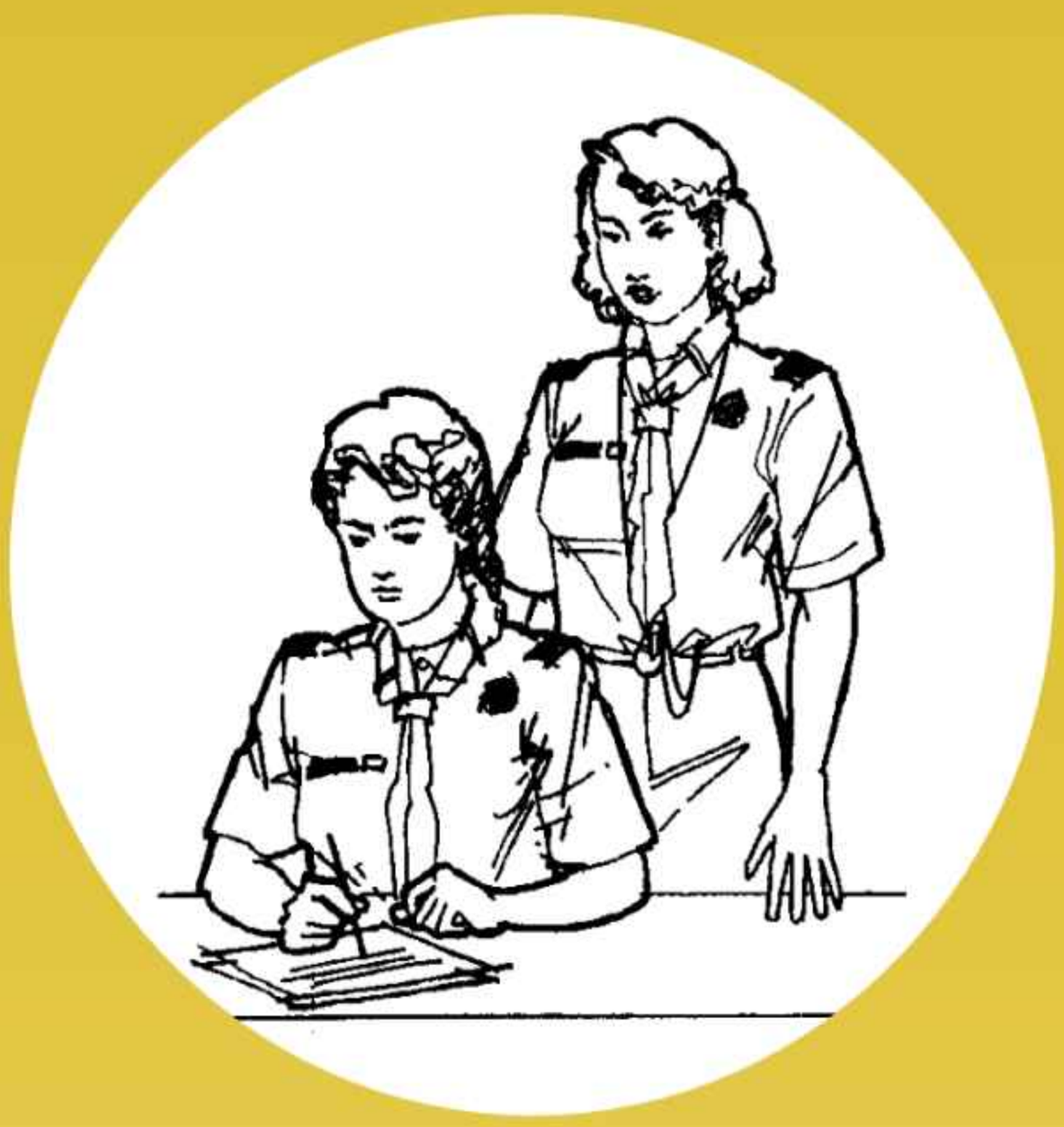
Daniela Cruz

26

Crónicas de

UN SCOUTER



Crónicas de un scouter

Daniela Cruz

Crónicas de un scouter

Ilustraciones de
Jesús Salvador Harada

Primera edición Editorial Lebri: 2017
Primera edición especial en versión digital: 2025

Biblioteca del Centenario
Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso
Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna
Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, colonia Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidente Nacional
Enrique Moreno Cárdenas

Jefe Scout Nacional
Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional
Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos
Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa para Jóvenes
Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial
Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación
Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.
Diseño de portada e interiores: Carlos Rodríguez Millares
Viñeta de portada: Jesús Salvador Harada

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Llamada de reunión

Estimado Hermano Scout: Hermano Scout, con mayúsculas, como nombre propio; hermano, como al principio de la humanidad, y ahora concebido y contextualizado como lo menciona Rudyard Kipling en El Libro de la Selva: *"Tú y yo somos de la misma sangre". Estás a punto de entrar en este mundo fascinante de los relatos del* scouting, *o escultismo, que nos comparte Daniela —o, mejor dicho,* Thilhipo, *nombre de selva que le otorgaron a nuestra Hermana Scout, que significa "Alondra", "Pájaro Mensajero y Mediador"— que, como podemos ver, sus scouters tuvieron buenos ojos y oídos al nombrarla así, pues sus características prevalecen hoy en día, antes de llamarla* Capucha Blanca *y, finalmente,* Kaa.

En estos relatos, testimonios vívidos con gran intensidad, Thilhipo, Capucha Blanca o Kaa nos comparte su paso por las diferentes etapas del escultismo en México, sus habilidades y destrezas que va desarrollando conforme se sumerge en ese mundo hipnótico, placentero, profundo y fascinante, en el que sólo algunas personas privilegiadas y aventureras se atreven a participar, pero, sobre todo, a vivir.

Más allá de las etapas y competencias desarrolladas, Daniela nos trasmite su amor por la naturaleza, la hermandad, el cariño desarrollado con todos sus compañeros; con los niños, jóvenes y adultos en un mundo de emociones que, al leer sus relatos, quienes hemos experimentado las múltiples emociones de ser scouts, las volvemos a sentir a flor de piel.

Gracias Daniela —Thilhipo, Capucha Blanca o Kaa— por hacernos vibrar nuevamente con todas las emociones que nos traes al leer tus relatos, y recordar la frase: "Una vez scout, por siempre scout".

Me emociona darte un caluroso apretón de mano izquierda.
Tu Hermana Scout:

ESTHER SUMIKO IJIMA MATSUDA,
medalla Berrendo de Plata 2007,
San Luis Potosí, San Luis Potosí, otoño 2024

Nota editorial

La presente edición ofrece capítulos extraídos de la versión impresa de Editorial Levrí, publicada en 2017, acompañada con una selección de imágenes elaboradas por Jesús Salvador Harada (Distrito Federal, 1961), quien colaborara como ilustrador para la Asociación de Scouts de México durante los años ochenta y noventa del siglo pasado.

Introducción

La vida de un scouter no es nada sencilla, pero es enormemente satisfactoria y la podemos resumir, en una palabra: aventura.

Trabajo, escuela, casa, mascotas, familia; aunado a los consejos de sección, juntas de provincia, elaboración de materiales, planeación, ejecución y evaluación de cada programa que hacemos para y por los muchachos y, si nos queda tiempo, intentamos tener una vida social que, la mayoría de las veces, se ve envuelta con otros scouters. Todo esto lo hacemos en un perfecto balance de tan solo veinticuatro horas al día, por siete días a la semana.

Pero a pesar de todo, vivimos felices con nuestro estilo de vida y nos esforzamos por que salga lo mejor posible.

Estimado lector, está a punto de sumergirse en esta aventura peculiar que, si la observamos por fuera, puede juzgarse como una locura, pero si se mira desde adentro se dará cuenta de lo magnifica y gratificante que es, y así, tal vez, entienda un poco más a esas personas que se cruzan por su camino y llevan consigo la misión de dejar al mundo en mejores condiciones de como lo encontraron.

Les he de confesar que la vida entre scouters es muy similar; unas aventuras más, unas menos, pero al final, miramos atrás reviviendo cada momento y con orgullo nos mantenemos, "siempre listos para servir".

Mi primera noche fuera de casa

Para entender el porqué, debemos conocer dónde empezó todo.

Lo recuerdo como si volviera a estar ahí, tenía tres meses que asistía cada sábado a un grupo scout cerca de mi casa, mi cumpleaños había sido dos días atrás y mi mamá me regaló un increíble sleeping en forma de capullo con interior de cuadros. ¡Oh, vaya sleeping, a cuántas aventuras me acompañó! Una tía me dio una flamante mochila roja, Coleman, que mis primos habían utilizado tan solo una vez; así a completé mi equipo para salir de campamento.

Ese sábado fui la primera en levantarme, ponerme el uniforme y las botas, esperando ansiosamente que mi mamá y mi abuela despertaran; cuando lo hicieron me tranquilizaron, ya que aún era muy temprano y, además, faltaba desayunar. Al llegar al local, corrí con las demás gacelas a enseñarles mi mochila y todas las cosas que de ella colgaban, mientras los adultos arreglan los pagos, permisos y todas esas cosas aburridas que ellos hacían.

Cuando escuchamos el llamado de Vantha, sabíamos que al fin había llegado el momento: nos dio las últimas indicaciones y corrí a darle un fuerte abrazo a mi mamá.

Tomamos nuestras cosas y nos subimos al camión; justo ahí, cuando la miraba por la ventanilla, entendí, que real-

mente la iba a extrañar, pero también me emocionaba saber que esta sería mi primera aventura sola.

El camino fue tranquilo y en pedazos me dormí, pero al llegar vimos un mundo diferente, lleno de árboles y grandes extensiones verdes, sin carros y ruidos de la ciudad, con aves cantando y un par de ardillas curiosas.

Bajamos nuestras cosas y seguimos a Vantha y Pranam* por un camino de tierra bordeado de árboles hasta una cabaña de madera a la que corrimos para ser las primeras; al llegar, dejamos nuestras cosas y pusimos manos a la obra: nos explicaron cómo poner una casa de campaña y cómo acomodar nuestras cosas para que no se metiera el agua; después salimos a explorar el bosque, envolviéndonos en un ambiente lleno de formas nuevas, olores y sensaciones. Nos enseñaron distintos tipos de hojas y árboles; vimos algunas aves y pequeños animalitos que forman parte de este maravilloso equilibrio. Aún recuerdo el sonido del agua cayendo, acompañado del canto de un ave, el fresco aroma que llenaba mis pulmones, y el color del sol que empezaba a ocultarse tras los árboles. Después de disfrutar de este paraíso, volvimos a la cabaña porque empezaba a hacer frio.

Al llegar nos pusimos la pijama mientras Pranam prendía la fogata. Esa noche cenamos leche con chocolate, y buscamos nuestro respectivo palito para asar un par de salchichas en la fogata.

¡Oh maravilloso fuego que ardes bajo esta noche estrellada, llevando en tus llamas la esperanza para aquellos que la necesitan, la guía para aquellos que están perdidos, y calor para aquellos que los abate el frío de soledad! (Párrafo que escribí muchos años después, recordando esta misma fogata.)

---

*Eran algunos de los "nombres de bosque" asignados a los adultos responsables de la antigua sección menor femenina, conocida como manada de gacelas, estaban basados en el libro *Relatos de foresta Andii*, del fallecido José Antonio Sagredo.

Pasamos la noche escuchando historias de animales y seres mágicos que vivían en aquel bosque y salpicaban las hojas con pequeñas luces tintineantes.

Poco a poco se fueron metiendo a dormir, mientras las demás continuábamos contando estrellas en el cielo despejado.

Cuando el sueño estaba por vencerme, me metí a la casa de campaña y dentro de mi capullo cuadriculado, sentía como si mi mamá me abrazara para no pasar frío.

La noche fue realmente corta, o por lo menos así la sentí, cuando desperté me sorprendió un sonido que jamás había escuchado: saqué la cabeza y pude ver, maravillada, una parvada de aves que salían de entre los árboles, para bañar sus alas con los rayos del sol, dando vueltas entre las nubes hasta perderse en ellas.

Un momento después, escuché nuestro llamado para empezar las actividades; desperté a las demás y nos alistamos para acudir. Hicimos un par de ejercicios, almorzamos y empezamos a recoger; aún nos dio tiempo para algunos juegos. Al llegar nuestro transporte, subimos las cosas y nos acomodamos para regresar a la ciudad.

Nuevamente iba sentada del lado la ventanilla con la mirada perdida en el bosque, sintiendo un vacío dentro de mí; era como si algo me faltara, pero esta vez no era material, sino que lo sentía dentro de mí, algo que no entendí, hasta que volví a acampar.

El camión arrancó y, poco a poco, dejamos atrás ese paraíso en el que habíamos estado; el movimiento del camión me arrulló hasta quedarme dormida, soñando con volar como aquella parvada que había visto en la mañana.

Al despertar, vi a mi mamá esperándonos, cosa que me llenó de alegría; me apuré para recoger mis cosas, me despedí de todos y tomándola de la mano, caminamos de vuelta a casa mientras le platicaba todo lo que había aprendido.

Yo tenía siete años cuando, por primera vez, me llevé una parte del bosque en mi corazón, de aquella fogata y de

ese cielo estrellado y, también, dejé una parte de mí en ese paraíso natural, al que algunos años después llamé mi segundo hogar.

Así empezamos a cazar

Todo empezó con la primera sesión de la que, estaba totalmente segura, sería el último curso de Insignia de Madera.

Después de una semana agotadora de trabajo, la aventura empieza.

05:30: Parándome de cama, con la mejor actitud y llena de energía.

06:00: ¡Oh, por Dios! Los pingüinos pasan por afuera de mi casa. ¡Qué condenado frío está haciendo! Espero poder dormir un poco más en el metrobús.

07:50: Llegando al lugar de reunión.

08:30: Empezamos el curso. Corre aquí, corre allá; arriba, abajo. ¿Quién dijo que esto era sencillo?

Justamente dos días antes, me había mordido un perro y me habían dado un par de puntadas debido a que la herida era profunda. Aún tengo esa cicatriz y cuando la veo recuerdo esa carrera por relevos, donde mi jefe de sección se acercó al verme recargada sobre mi pierna, y me dijo:

—Vamos, un scouter debe tener buena condición —al verlo quería aventarle una piedra, porque que el cierre el pantalón rozaba exactamente la herida que tenía, y ésta empezaba a punzar.

16:30: Al finalizar esta sesión de curso, estaba asoleada, cansada y con tarea; aun así, regresé al local para hacer actividades con mi manada.

19:00: Salimos del local después de afinar todo para "el Gran Campamento", cinco días con mi manada en la ciudad de León, Guanajuato, conviviendo con las manadas de toda la República.

20:00: Por fin, llegando a casa.

20:30: Cenando mientras hago mi tarea del curso.

21:00: Preparemos la mochila.

22:00: Me merezco un buen baño.

23:00: Pequeñas reparaciones en mi uniforme.

00:00: Por fin, ¡a la cama a dormir!, que mañana mi sesión empieza a las 07:00, otra vez.

Una aventura que pudo haber sido el fin

Estimado lector: si ha tomado la decisión de unirse a nuestras filas como scouter, debe saber que esto no es solo dos horas los sábados, sino una gran inversión de tiempo, energía, dinero y mucha creatividad, pero ésta es directamente proporcional a la satisfacción que nos ofrece y, si alguna vez, siente que no puede más, lo invito a hacer actividades con la sección que desee y recordar cuál es el objetivo de esta inversión.

17 de agosto. Tercera sesión del curso de Insignia de Madera. En ésta tuvimos nuestro primer campamento cerca del Desierto de los Leones. Un par de días antes había pescado un espantoso resfriado, por lo que me preocupaba la mezcla del frío, la lluvia y el asma.

El punto de reunión fue en la explanada de la delegación Benito Juárez. Poco a poco fueron llegando los de mi seisena y nos juntamos para desayunar algo rápido y empezar la travesía.

El primer día fue todo un éxito: vida al aire libre, campismo, construcciones, cocina de campamento —definitivamente me sentía como pez en el agua—; aplicación de programa, retos y excelentes oportunidades para aprender y crecer. Caída la noche, el misterio envolvió nuestro campamento donde, con una pista ciega, casi clavo los dientes en una pie-

dra. Nuestro momento especial había llegado, sentimos esa emoción de nuestros niños cuando reciben su nombre de selva, y mientras esperábamos en el árbol del Mohwa, recordé esos nombres que me habían acompañado en los cursos anteriores. Poco a poco fueron saliendo los nombres de mi seisena.

Kenau, el águila, fungía el cargo como seisenero en ese campamento.

Sugeema, el mosquito, era nuestra subseisenera que, sin saber, sería con quien tendría una excelente amistad.

Juma, la suricata, un joven scouter admirable por su dinamismo y sed de aprender.

Sona, el gran oso de la selva, la representación viva de la dulzura y ternura.

Hiawatha, un indio con arco y pluma, excelente fotógrafo y amigo en la seisena.

Y claro, por último, el mío: Thilhipo, la alondra, mensajera y mediadora en la seisena.

Con nuestro nombre vino un momento de reflexión, seguido de un intento de fogata fallido por la lluvia, así como una serie de divertidas canciones.

Al llegar a la zona de acampado, preparamos una cena caliente y disfrutamos del espectáculo de los globos de cantolla que estaba lanzando el clan.

Después de esto a dormir, que aún nos faltaba mucho por hacer.

El descanso fue suficiente para reponer energías y comenzar el día con un poco de estiramiento matutino, un lavado exprés de cara, una cepillada para desenredarte un poco el cabello y ¡listo! Ya estábamos preparados para continuar con nuestro curso, o bueno, ese era el plan, ya que al cepillarme sentí un doloroso piquete, y al ver mi dedo había una espina café que decidí quitarme pero, al pasar el tiempo, mi mano se empezó a poner roja, hinchada y muy caliente.

Al verla así, consulte con mi seisena si era conveniente decírselo a nuestra formadora, quien llevaba el nombre de selva de Kotick, ya que temíamos que, por algún motivo nos regañara, así que decidimos darle un tiempo más, para que se deshinchara.

Realicé los ejercicios, estiramientos para evitar los calambres, mientras mi mano seguía cada vez más roja e hinchada; esto se empezaba a extender a mi brazo, por lo que de nuevo lo consulté con mi seisena y decidimos que era momento de decirle a Kotick. Así que, con todo el temor y la pena del mundo, peor que Patatierna, me acerqué para comentarle de la picadura y de cómo estaba la situación. Obvio, me regañó, pero no por la picadura, sino por no decirle en el momento que pasó, y fuimos a servicio médico donde todo realmente el show empezó.

Primera visita a los servicios médicos: una amable paramédica me revisó, tenía la presión un poco alta por el susto; azúcar bien, mi mano hinchada, pero aun en su lugar.

—Lobezna, ¿qué te picó?

—No sé, creo que una abeja porque escuché un zumbido.

—¿Dónde?

—Justo aquí; es más, se ve el punto donde me picó, pero realmente creí que era una espina y se me hizo fácil quitarla para que me dejara de doler.

Digo… para mí era lógico: si te picas con algo, lo retiras y se quita el dolor, pero con las abejas no funciona de esa manera, ya que cuando retiras el aguijón, exprimes las glándulas donde se guarda el veneno y se vuelve todo un caos.

Después de mi explicación, puso mi dedo en un aparato raro, tratando de sacar lo que había del veneno; revisó que no tuviera alguna complicación, me puso un poco de hielo y me dejo en observación.

¡Oh vamos, soy Kaa!, ¡la gran serpiente de la selva!, ¿cómo una picadura de abeja me hará perder parte de mi

curso? Esto no lo podía permitir, así que le pedí integrarme a mis actividades y avisarle si tenía algún cambio.

Y como buen lobo, me repetía a mí misma una y otra vez: "el lobato se vence a sí mismo", aunque después de un momento entendí que no era tan buena idea correr bajo el sol, así que después de un rato acudí nuevamente con la paramédica para informarle que la situación era peor: seguía muy caliente, mi brazo empezaba a hormiguear, veía en amarillo y mis oídos zumbaban; al verme tan pálida, me sentó temiendo que me fuera a desmayar y me revisó. La presión estaba más alta, lo que indicaba que ya no solo era el susto; me dio una pastilla, más hielo, y me dejó en observación sin moverme, mientras ella corría a ver a otro scouter.

Yo me quedé acompañada de Bagheera, quien realizaba una actividad cerca de la enfermería; por lo menos tenía con quien platicar y distraerme de mi preocupante situación. Poco a poco, empecé a sentir cómo se me dormía el brazo completo, veía puntitos amarillos y mi lengua se empezaba a dormir. "¡Oh, oh, no es buena señal!" Si se hincha la garganta o mi lengua como tengo la mano, aquí habrá acabado mi historia.

Por suerte no tardó mi paramédica favorita, y al ver cómo estaba, decidió ponerme el medicamento vía intravenosa. Intento tras intento no podía meter la aguja; al parecer, mis venas se escondían. Trató en las manos, los brazos, las muñecas, en todas partes, hasta que, por fin, una venita de la mano se dejó. Una vez controlada la emergencia, la pregunta del millón: ¿Y mi ficha médica?, ¿dónde está?, ¿quién la tiene?, ¿dónde la conseguimos para llevarme al hospital? Ahí entendimos que la tecnología puede fallar, su sistema jamás guardó mis datos médicos; yo me quedé sin pila en el celular y, obvio, no había señal de internet para poderlos averiguar.

Con el medicamento directo, la hinchazón dejó de avanzar y el calor también. Ya no sentía hormigueo, aunque la hinchazón no bajaba.

Así terminó mi campamento, con una bolsa de suero conectada a mi mano y mucha gente esperando a que llegáramos para saber cómo estaba.

Ésta fue una gran experiencia: aprendí que debía tener las fichas médicas de mis lobatos impresas y a la mano; que por más regaños que te den, una urgencia es una urgencia, y que es importante comunicarlo en el momento, pero, sobre todo, si algo te pica, por favor, no lo retires, acude al médico y ellos sabrán como actuar.

Una cacería mojada, muy mojada

El tiempo que he vivido en los scouts, me ha enseñado que el mayor punto de estrés, tanto como muchacho y como scouter, es el "precampamento", y ésta es la razón:*

Como muchacho scout, el estrés se genera porque tus papás no se enteren de tus calificaciones o de algo que amenace tu asistencia al campamento; es el momento en que planeas cómo guardar todo en la mochila, ajustes pequeños en el menú, tales como: mi mamá no compro atún esta semana, la misión imposible de sustraer la olla nueva de la alacena sin que se den cuenta, para cocinar con estilo en la fogata; también, es el momento en que le hablas a tu guía para repasar la lista de lo que tienes que llevar y asegurarte de que no falta nada.

Como scouter, no cambian mucho las cosas, solo que el tiempo es más reducido, pero la esencia es la misma: haces las compras de último momento, revisas una y otra vez el programa, pegas, recortas, pintas y acomodas las ultimas cosas del material; le hablas a tu jefe o subjefes para verificar

* Precampamento: lapso de 24 horas antes del campamento; momento crucial para afinar el menú, programa, equipo de acampado y demás elementos.

que todo esté perfecto y que no se olvide nada. Ahora sí, es el momento de ver cómo meter todo a la mochila; después de guardar, acomodar, sacar y volver a meterlo, por fin logras que todo esté adentro, entonces y solo entonces te das la oportunidad de cenar algo ligero y preparar el lunch para el camino. O confiar en que los papás de tu sección manden algo extra para el jefe.

Claro, mi estrés se llamaba "campamento de grupo", y esta vez me tocaría alcanzarlos en Meztitla, ya que por desgracia tenía que trabajar.

Viernes 3 de octubre 2014, precampamento.

20:00: Visita a Raksha, entrega de material, últimos ajustes de programa para una fantástica cacería.

21:00: Cenando un taquito de calabacitas con elote, que por cierto es maravilloso comer entre scouts.

21:30: El cielo se cae a cántaros y, por supuesto, el metro se iba deteniendo a cada rato; lento, con calor y aún faltaban muchas estaciones, transbordar y tomar camión para poder llegar a casa.

23:30: Por fin llego a casa, empapada y con frío; ahora sí, a preparar cosas.

03:00: Al fin mi mochila arreglada, la casita de campaña, mi sleeping atado. ¡Oh, cierto! Tengo que entregar la tarea del curso, así que a mandarla por correo con las correcciones que debía hacer.

04:00: Por fin vamos a dormir, un par de horas, para después ir a trabajar y después de campamento.

Sábado 4 octubre 2014, 08:00: Salgo corriendo de mi casa para poder pasar antes a la tienda scout por una camisola nueva.

Estimado lector, ¿Se imagina usted subir al metro de la ciudad de México a las ocho de la mañana con mochila de campamento, sleeping y casa de campaña encima? Sí, es toda una odisea.

10:00: Llegando a la tienda scout. Te pruebas la linda camisola nueva y la pregunta obligada.

—¿Tiene flor de lis?

—Sí, claro, ¿normales?

—¿Flor de lis normal? Solo hay una, ¿no?

¡Oh, grandiosa tecnología que nos ha alcanzado!, ahora existen flores de lis "fluorescentes", por lo que en mi camisola brillará por las noches.

Después de cinco horas de trabajo, la aventura empieza.

15:00: Primero el camión, luego en metro y dos transbordos para llegar a la Terminal del Sur, todo corriendo como lobato emocionado.

15:57: Llegando a la Central del Sur.

—Señorita, ¿cuál es su próxima salida para Tepoztlán?

—A las cuatro veinte, ¿cuántos boletos quiere?

—Perdón, pero tiene uno a las cuatro uno, ¿aún tiene lugar?

—Sí, claro. Pero está por salir justo ahorita. ¿Llega?

—Sí, deme uno en ése.

Corrí por toda la terminal, alcanzándolo justo cuando partía.

Ahora sí, una vez sentada y tranquila, me dispuse a coser mi flor de lis y el sector; cuando acabé, me acomodé para dormir un poco.

17:05: "Señor, disculpe, ¿falta mucho para Tepoztlán? ¡Ah, perdón!, ya vi la entrada. Olvide mi pregunta".

Bajé del camión y ¡Oh!, ¿dónde metí el boletito para recoger mi mochila?, creo que ya lo perdí. Mientras lo buscaba en una de las miles de bolsitas que tiene el uniforme, por fin salió, todo arrugado.

Con un clanero que también iba al mismo destino, compartimos el taxi.*

Señor lector, si usted viaja a Tepoztlán de día, le recomiendo caminar al pueblo, tomar una tepoznieve y continuar con su camino a Meztitla, todo sea por el bien de su columna vertebral.

---

* Clanero: muchacho entre los 18 y 22 años que pertenece al "clan", última sección masculina del escultismo.

Si la espalda me dolía con ese traslado quedó peor. ¿Se imaginan cincuenta minutos de empedrado en un carro con mala suspensión y a un kilómetro por hora?

17:50: Por fin la puerta de Meztitla. Saludando a los encargados les hice la pregunta más deseada: "¿Sabrán donde acampa mí grupo?"

Todo el desvelo, ajetreo, brincoteo y demás, se vio recompensado con el grito de cuatro lobatos que salieron corriendo para brincar sobre mí y abrazarme.

El trabajo como scouter es extenuante, pero no hay mejor recompensa que momentos como estos que llenan tu corazón de alegría y fuerza para seguir adelante.

Mientras llegaba al campamento, saludé a los dirigentes que había en la zona, busqué un poco de comida y después, ¡manos a la obra!

Levantando mi casa de campaña, pude contemplar el magnífico atardecer que pintaba el cielo de rojas tonalidades, y con ese espectáculo llegaron a mi mente tantas historias: el recuerdo de mis primeros campamentos como gacela, campamentos de técnica con la tropa, las fogatas; esos campamentos familiares con mi mamá como jefa de grupo.

18:20: Con todo listo, me dispuse a disfrutar de la manada. Se encontraban en la alberca y, como siempre, me llené de orgullo al verlos enfrentar sus miedos. Una lobeznita que apenas en julio no se despegaba de mi cuello, ahora se aventaba sola de la orilla, y esa subjefa que hace un año temían que se ahogara en esta misma alberca, ahora es la que organiza los juegos y clavados.

19:00: El altercado. Con mi nueva piel reluciente, fui víctima de Raksha quien, muy divertida, junto con la manada empezó a mojarme; suerte que no acabé en el fondo de la alberca.

19:10: El equipo. Perfectamente organizados, Raksha, Hermano Gris y Bagheera se llevan a la manada a cambiarse,

mientras yo recogía el material de la alberca. Sin duda alguna, hemos hecho un excelente equipo.

19:40: Por fin la actividad que esperaba, el acecho nocturno. ¿Podrán los niños perdidos rescatar a Campanita o los piratas ganarán? Mientras veía a mis lobitos afinar sus técnicas de acecho, recordé cuántas veces me divertí haciendo lo mismo, cuántas veces me caí, me perdí, pero también todas las veces que logré ganar, así como ahora dos intrépidos lobatos lograron rescatar a Campanita sin que los hayamos visto.

20:00: La fogata. Mágicas historias compartidas, una guerra de canciones, un muy merecido reconocimiento de cinco años de servicio, la entrega oficial del cargo al jefe de tropa y tres promesas.

21:00: ¡Por fin la cena! Salchichas asadas, molletes y quesadillas, todo increíblemente delicioso. ¡Ah!, pero lo que más disfruté fue el té de canela con Nescafé; no tenía café de verdad, pero por lo menos estaba caliente. Por cierto, mi camisola seguía húmeda después del altercado de la alberca.

22:00: Recuerdos en vivo. Una pequeña lobezna me hizo recordar cuando, al igual que ella, llegué aquí sin saber mucho de campismo, ni de los scouts, pero con toda la actitud para aprender. Así fue como esta noche dimos la bienvenida a una lobezna, en el mismo lugar donde, veinte años antes, me había integrado a la manada de gacelas de Foresta Andii.

Jamás estarás sola, porque ahora formas parte de esta gran manada y tienes a un hermano en cada uno de nosotros.

Estas fueron las palabras con las que me dieron la bienvenida, y que ahora las repetía para mi lobezna; frase, que era muy cierta porque una vez que aceptas el compromiso de ser scout jamás vuelves a estar solo, ya que siempre encontrarás una mano amiga que vaya contigo.

23:00: De nuevo en el campamento, empezó el trajín de irse a dormir, o por lo menos de meterse a la casa de campaña.

Una vez adentro, todos los lobitos nos relajamos y recogíamos las cosas de la cena mientras reíamos y platicábamos de todo un poco.

En ese momento me di cuenta de que todo evoluciona, y Meztitla no se podía quedar atrás; antes te cuidabas de los perros que te robaban la comida, ahora son caballos, ¡Sí!, leyeron bien: tres caballos y un potrillo nos acorralaron al jefe de comunidad y a mí en uno de los cubiles, mientras hacíamos hasta lo imposible por salvar la fruta para el desayuno.

¿Se imaginan caballos corriendo entre las casas de campaña buscando que comer? El momento histórico fue cuando empezaron a atacar los botes de basura y alguien pegó un grito:

—¡No! —éste venía de la casa de campaña de los papás de una lobezna, así que nos armamos de valor y fuimos a salvarlos, pero al ver que era el bote de basura, mejor mantuvimos la distancia y seguíamos observando que no se metieran con el campamento.

Recuento de daños equinos: media papaya, las sobras de la cena, el bote de cebollas y una bolsa de bombones; fuera de eso, todo estaba bajo control.

12:30: Cansados de luchar contra los caballos, decidimos dormir un poco.

En medio de mis reflexiones sobre la vida, el espacio y el mundo, me percaté de algo trascendental: mi tienda se encogió o yo crecí, ambas muy poco probables, pero si me acostaba en vertical, ya no cabía en la tienda, así que dormí en diagonal. ¡Ah, qué rico poderme estirar a mis anchas!, y con lo cansada que estaba no tardé en cerrar los ojos y caer en los brazos de Morfeo.

03:30: El cielo se cae. Semejante diluvio empezó a caer; a lo lejos, escuché ruido, bullicio, risas y palabras que, entre lo dormida y el ruido de la lluvia, no lograba identificar, pero para mi tranquilidad, escuché la voz de Raksha con alguien más, así que me volví a dormir tran-

quila, pensando que Raksha estaba chacoteando o, mejor dicho, chapoteando con alguien más.

07:00: Con ganas de ver el amanecer, al salir de mi tienda me sorprendí al ver que faltaba una tienda de campaña, y era de las lobeznas más pequeñas. Al ver a varios jefes en el cubil de la cocina risa y risa, me acerque para preguntar por Raksha, quien me contó el desastre que paso con la lluvia. Conteo de daños: dos chicos de comunidad que pusieron refugios acabaron arrasados por la tempestad; a tres lobeznitas se les inundó su tienda, al igual que a un sinfín de scouters, dirigentes y papás.

08:00: Ejercicios matutinos, tendederos llenos de cosas mojadas, sleepings ensopados; ropa de todos, desde nuestro integrante más pequeño hasta de los abuelos que veían acompañando a uno de nuestros chicos. Un delicioso desayuno: huevo, salchichas, waffles y, claro, un coctel con la fruta que rescatamos del ataque equino.

11:00: Empiezan las actividades. En diez equipos donde mezclamos a todo; ahora sí, veríamos a los papás trabajar como sus hijos y que comprendan porqué llegan tan cansados de los campamentos.

Era muy divertido verlos en la escalera móvil, en los troncos colgantes, pero lo mejor fue en el puente de tres cuerdas: el show primero para subirse y, después, agarrados hasta con los dientes, daban pequeños pasos; pero, eso sí, vencieron su miedo. ¿Si sus hijos lo hacen, por qué ellos no?, después continuaron las actividades sin más pormenores.

15:00: ¡Foto, foto! Me encanta mi grupo porque nos dicen: "foto" y todos corremos a buscar la mejor pose y, claro, en nuestro 56 aniversario no podía ser la excepción, con nuestras playeras de aniversario nos empezamos acomodar para la foto; las primeras eran de prueba, pero la creatividad fue creciendo, entre gestos, movimientos y hasta corriendo, realmente fue muy divertido.

De camino al campamento, nos encontramos con un columpio de cuerda y, como buenos niños-scouters, no podíamos perder la oportunidad: guiados por el jefe de comunidad, ahí vamos como changos a subirnos. Primero fue el jefe de tropa, que con gran habilidad se elevó por los aires haciendo un excelente aterrizaje; después, Kaa, que planeándolo todo emprendí la carrera para tomar vuelo y brincar, pero el impulso no fue suficiente: me elevé tan solo un poco quedando muy cerca el piso, por lo que encogí los pies para no arrastrarlos. No sé cómo giré y frené con la toda espalda, parándome atacada de la risa; después, claro, se animó nuestra querida Raksha: se prepara, corre, brinca, se gira y... ¡zas!, frena con una piedra a la altura de su cadera.

Después de estos tropiezos, era hora de recoger el campamento, hacer mochilas, enrollar sleepings, encontrar al dueño de chanclas, botas, calcetas, tenis y demás objetos perdidos.

16:00: La comida, ¡uf!, unas deliciosas hamburguesas y papas, que me comía mientras quitaba la tienda y organizada a la manada.

Después de toda la aventura, por fin en el camión Raksha y yo veníamos juntas y no duramos ni cinco minutos despiertas mientras la manada jugaba y se divertía camino a casa.

17:00: Un sonido me despertó, no ubicaba qué era, hasta que vi a Raksha dormida con el celular sonando en la mano; traté de quitárselo, pero no alcance a contestar, así que volví a dormir sin imaginar lo que nos esperaba en el local.

18:00: Casi llegando a los Viveros; las primeras gotas empezaron a caer. Con algo la lluvia bajamos las maletas, mochilas y demás cuando, de repente, un diluvio torrencial. Fuimos sacando todo el equipo, mochilas y, poco a poco, los papás se llevaron a sus pequeños hasta quedar solo los scouters quienes, empapados y resignados, tomamos nuestras cosas para volver cada uno a nuestras casas.

Y así terminó uno de mis campamentos más mojados, donde demostramos, una vez más que, sin importar el color de la camisola o el tiempo que llevaras dentro del grupo, todos y cada uno de nosotros, formábamos parte de esta gran familia.

El principio del fin

Éste es el principio del fin, el principio del servicio, el fin de las excusas.

Al principio, seis meses te parecen una eternidad, pero cuando pasan, te das cuenta de que estos no son suficientes, que te falta mucho por aprender.

Cada uno de los cursos que he tomado dejó una huella en mí, pero éste, en particular, ha sido único: la cicatriz de la mordida aún continua, el susto de la abeja, las pérdidas hasta quién sabe dónde; pero lo que más disfruto y valoro son esas amistades que han nacido aquí.

Esta crónica está dedicada a toda la gente con la que compartí este curso; sobre todo, para aquellos que, con mucha paciencia, estuvieron guiándonos y orientándonos.

Jueves 4 de diciembre 2014, 19:00: Por fin la jornada de trabajo ha terminado, la cuenta regresiva para el campamento empieza a hacer mella en mí; ahora, crucemos la ciudad para llegar a casa y preparar todo.

22:00: De compras. ¿Qué supermercado está abierto a las diez de la noche? Claro, el Wal-Mart, así que antes de llegar a casa fui a comprar algunas cosas que me hacían falta del menú: manzanas, naranjas, champiñones y mecahilo, para lo que fui a la zona de ferretería y pregunté.

—Disculpa, ¿venden mecahilo?

El chico, con cara de ingenuidad, me preguntó:

—Meca… ¿qué? ¿Qué es eso?

—Mmm… —pensando, me dije: "¿Cómo se lo explico? Definitivamente no es scout ¿Solo los scouts sabemos cómo es el mecahilo?".

—Ok, es una cuerda de... amm… mecahilo…

El chico, con una sonrisa extraña, solo me dijo:

—Las cuerdas están en el pasillo dos, espero la encuentre ahí.

Al salir del Wal-Mart con todas mis cosas, me encontré con el chico de ferretería, quien me hizo sonreír con su pregunta:

—Señorita, ¿encontró la cuerda rara que buscaba?

Le devolví la sonrisa enseñándole el paquete y dándole las gracias.

23:00: Armar todo. Al fin llegué a casa con las bolsas del súper y las cosas de la oficina; ahora sí, a sacar ropa, comida, utensilios, equipo y, entre todo eso, tenía que cenar, bañarme, terminar unas cosas del trabajo y, por supuesto, tratar de dormir, aunque fuera un poco.

Viernes 5 de diciembre 2014, 02:00: A dormir. A pesar del cansancio ya tenía todo listo: mochila, menú, equipo y uniforme; además, ya estaba la logística de cómo llegar con todas las cosas al trabajo y, después, al estadio Azteca.

06:00: Inicia el día, comienza la aventura. Empecemos con toda la energía, la mejor actitud y una taza de café.

El viaje en microbús no fue tan complicado, el problema empezó cuando llegué al metro; si a esa hora es difícil entrar en el metro de la ciudad de México, ahora con mochila, sleeping y bajo alfombra, fue un poco más complicado, pero nada que no pudiera solucionar con un poco de fuerza; después, caminar cuesta arriba para llegar a la oficina. Pero todo valía la pena con tal de salir de campamento.

09:00: Iniciemos con un día de trabajo. Tranquilo y contando las horas para salir.

18:00: El transporte público no fue diseñado para un scout. Salir de la oficina con semejante mochila fue un poco complicado, pero no me imaginé lo que sería el trayecto en hora pico con todas las cosas.

Transporte 1: De mi oficina a Mixcoac debía tomar un microbús, pero estos pasaban con la gente colgando por las puertas, así que después de ver pasar el tercero igual, decidí caminar al metro.

Transporte 2: De Barranca del Muerto a Mixcoac es solo una estación, pero el mundo de gente que entra y sale es sorprendente; el transbordo no estuvo tan mal, muchas escaleras, pero por suerte eléctricas.

De Mixcoac a Ermita no me puedo quejar, el metro iba muy decente y hasta sentada me fui; eso sí, ¡ah, ¡cómo estorbaba con la mochila! En el transbordo de Ermita, ¡oh, por Dios!, ninguna escalera funcionaba, así que, subí, bajé y volví a subir con todo encima, pero por fin en la línea azul me sentía más cerca de mi destino final, y mi corazón latía de emoción.

Cuando vi el tráfico que había sobre Tlalpan, agradecí a mi madre y a los scouts el haberme enseñado a moverme en transportes alternativos, así que el plan fue tomar en Taxqueña el tren ligero.

Transporte 3: En Taxqueña ya me hacía sana y salva pero, gran error, solo pude llegar a los torniquetes, ya que el andén se encontraba completamente lleno y dentro de esa masa humana se escuchó la voz de "ahí viene el tren", por lo que todos empezaron a empujarse, a meterse unos enfrente de otros mientras yo avanzaba por inercia; así pasó con el primer tren, el segundo, el tercero; en el cuarto, decidida, dije: "O subo o subo, porque se me hará tarde". Una señora alcanzó a percatarse de mi desesperación, y me dijo: "No te

preocupes, ahorita en este sí subes". Creí que me daba ánimos o una muerte anunciada.

Llego el tren y parecía que le decían a la gente: "En sus marcas, listos, ¡fuera!". Aún no se abrían las puertas y todos se empujaban; cuando se abrieron, lindamente la señora se dejó ir con toda su furia, dejándome aprisionada contra la puerta opuesta. Bueno, eso no era una lata de sardinas porque hasta en esas hay espacios libres.

Cada estación era una bocanada de aire fresco para mí, pero la emoción de salir de campamento contrarrestó toda claustrofobia.

En el camino reflexionaba: jamás había visitó el tren ligero así de lleno; bueno, ¿será que yo me subía hace quince años en domingo a las ocho de la mañana, y no en viernes de quincena por la noche, cuando todos salen del trabajo? Por fin, la meta de la travesía estaba cerca: cuando llegué a la estación del estadio Azteca, se abrieron las puertas y, con un respiro de triunfo, di un paso hacia afuera cuando un señor que también iba a salir me empujó haciéndome tropezar. No me caí solo porque pasó un muchacho que me alcanzó a pescar de la mochila; después de semejante oso, me acomodé las cosas y pregunté hacia donde debía salir, cosa enormemente innecesaria, puesto que el Coloso de Santa Úrsula obviaba mi pregunta.

20:00: Anonadada por semejante construcción, obra del arquitecto mexicano Pedro Ramírez Vázquez, mi espíritu de lobato salió al máximo y, como tal, corrí por la rampa que conducía a la entrada sin pensar en el riesgo de caerme, simplemente disfrutando de la velocidad que, gracias a la gravedad y el peso de la mochila, pude alcanzar.

Cuando acabé de correr, busqué el punto de reunión, aunque había pocas personas; estaba oscuro y un poco feo, por lo que sentí alivio cuando los vi en la banqueta esperando que todos llegáramos; después de saludarnos y contarles mi travesía en los transportes, justo en ese momento

mi cerebro empezó a recodar: "El cereal para la cena, las tortillas, mi Plan Personal de Formación, los tenis, la luz de mi cuarto… ¡ay, lobato!, todo se te olvida; bueno, espero que no se me haya olvidado algo más".

21:30: ¡Ah-oh, ah-oh, nos vamos a acampar!... Entre la gente que llegó tarde y los que se atoraron en el tráfico, por fin estábamos todos los que éramos y éramos todos los que estábamos, así que empecemos el viaje.

Todas las presiones y preocupaciones terminaron justo ahí, en el agujero negro en el tiempo al que le llamamos campamento.

La plática, risas, chistes y anécdotas no se hicieron esperar. Mi cerebro quería dormir, pero mi alma disfrutaba cada instante y un pequeño detalle que teníamos planeado para el cumpleaños de nuestro hermanito Juma, que se lo celebramos con unos pingüinos y un par de cerillos.

A la mitad del camino, mi cerebro no podía más; la mayoría ya se habían dormido, así que me pasé a un asiento solo y me acomodé para dormir un poco.

23:00: "Ni Steven Spielberg hubiera pensado en una mejor escena de terror", tras de varios callejones semi alumbrados por los que pasábamos, los árboles secos rayaban las ventanas del camión con sus ramas pero, por fin, llegamos a la tierra sagrada, tierra que me vio nacer como scout a los ocho años, que me acompañó en muchas cacerías y me llevó a vencerme a mí misma en varias ocasiones. ¡Por fin, hogar dulce hogar!

Bajamos del camión y caminamos a los cubiles donde Kenau ya tenía delimitada nuestra área de acampado, cerca de una zona para fogata, y con un excelente árbol que nos sería útil para la mesa y alacena. ¿Te imaginas empezar a hacer construcciones a las once de la noche? Creo que será una larga noche.

00:00: Cavar, cavar, cavar y no menos cavar. Siguiendo con nuestro papel de enanitos de Blanca Nieves, a esa hora

ya teníamos la mitad de cerca y las dos tiendas de campaña. Pero aún falta la alacena, la mesa, el leñero y tratar de sobrevivir al frío.

01:00: La cerca estaba terminada, la portada lucía como ninguna y la mayor parte de la alacena.

02:00: Como lobatos analizábamos cómo colgar la alacena, aventando palos, piedras, etc., hasta que el valiente Dahinda decidió subirse y, dentro del silencio que cubría la noche, un grito despavorido irrumpió la tranquilidad: "¡Waaaa, una araña!", por lo que las carcajadas no se hicieron esperar. *Temperatura: 11°C*.

03:00: Tenemos casi todo listo y ya algunos empezaban a acostarse; el frío me entumía los dedos y, después de toda la semana de dormir entre las dos y tres de la mañana, el sueño ya me empezaba a vencer. Pero, a pesar de todo, el tejido de la mesa quedó genial; ahora sí, con todo terminado y muertos de cansancio, nos metimos a dormir un poco.

07:00: Creo que me falta dormir, pero la emoción me quitó todo rastro de sueño.

Estimado lector, con lo que ha leído, podrá darse cuenta de que el Campo Escuela Scout de Meztitla tiene una vibra mágica, que por más cansado que estés, te llena de energía, así que, si usted sufre de cansancio acumulado, lo invito a darse una escapada a este maravilloso lugar y cargarse de energía al pie del Tepozteco.

Antes de acostarnos, recibí la indicación de Sugueema de despertarla si escuchaba el llamado de nuestro Akela, por lo que seguí la instrucción y después de haber escuchado… "¡Manada, manada, manada!", me dispuse a despertarla de una forma tan sutil que, lógicamente, hizo que entrara en pánico y saliera corriendo, mientras yo, muerta de risa le decía que era falsa alarma. Así empezó nuestro día, con muchas carcajadas y llenos de buen humor.

08:00: Desayunamos leche y sándwiches; después, hicimos los últimos ajustes a nuestras construcciones y nos preparamos para la que sería nuestra última cacería juntos.

11:00: El Rally de la Unión. Si decían que la seisena roja no estaba organizada, con este rally les demostramos que éramos un excelente equipo; no sé qué cambió, no sé si era el aire de Meztitla, pero la seisena, desde el inicio, fue la primera y, poco a poco, nos adelantamos a toda la manada. ¿Cómo olvidar nuestro desempeño con las claves, la danza de la muerte de Shere Khan y de Bagheera? Aprendimos la danza de Tabaqui y, claro, no podía faltar una foto en el techo de la Cabaña Rover, donde hace muchos años me había subido con mi patrulla, después con mi manada, ahora estaba con mis hermanos de curso.

Después de eso, la aventura nos llevó a la cima del Dado, por un camino diferente que, al final, ayudándonos unos a los otros alcanzamos nuestro objetivo.

En la cima disfrutamos de la maravillosa vista, y nuestro grito de seisena hizo eco por todas las montañas llenándonos de energía; compartimos con nuestros viejos lobos una excelente reflexión y una tranquilidad espiritual.

15:00: Creo... cocina sin utensilios. El plan sonaba muy bien: espagueti a la piña con crema y jamón, pechugas rellenas y agua de piña con naranja.

El trabajo en equipo se hizo notar; mientras unos se hacían cargo de la fogata, dos preparábamos las pechugas y los otros le sacaban la pulpa a la piña. A pesar de algunos detalles técnicos, todo iba genial: las pechugas bien cocidas con el queso gratinado y el agua fresca. La presentación de nuestra "Delicia tropical" fue bastante creativa y, tras la oración de la comida, por fin, un alimento consistente.

Por cierto, señor lector, si usted desea hacer espagueti en una piña, por favor hágalo con espagueti precocido, para que no se le bata y se logre cocinar perfectamente, sino usted hará un maravilloso engrudo.

Después de nuestra deliciosa comida, tuvimos otro bloque de actividades ya más tranquilas, y por fin llegó el momento que habíamos esperado. Caída la noche, en el

Amate Amarillo y con los ojos vendados, moldeábamos un infinito circuito de servicio, aprendizaje y experiencias con una agujeta de cuero; un cíclico cabeza de turco* se iba formando en nuestras manos, con el que dábamos inicio a una etapa diferente.

¡Cuántos recuerdos pasaron por mi mente! Una persona me dijo una vez: "Éste es el principio del fin, el principio del servicio y el fin de las excusas; el principio de la responsabilidad y el fin del confort. En tus manos se moldea un nudo, así como la vida de muchos niños que pasaran por ella", estas palabras fueron de quien me llevaba, sábado tras sábado al grupo scout sin imaginar que eso cambiaría mi vida, esa persona que me diera mi primer nudo Gilwell,** el cual sigue uniendo mi pañoleta hoy en día, y recordándome que estoy aquí para servir.

Esa noche agradecí que todos estuvieran con los ojos vendados, ya que, por mis mejillas rodaron un par de lágrimas al recordar a mi madre, quien falleciera diez años atrás, poniendo este mismo nudo en mi mano, una vez que había logrado hacerlo por mí misma.

Después de esto, una excelente fogata acompañada por unas palabras de nuestro director, un clásico concurso de canciones y un buen cotorreo para relajarnos.

20:00: A cenar y a bailar. Previo a la cena, la fauna nativa hizo de las suyas en el campamento, pues un "ataque vacuno y perruno" dejó a una seisena con varios daños, otra sin cerca y a la seisena roja sin portada ni espagueti en la piña.

Todo hasta ahí estaba normal; una escapadita por chamarras para aguantar el frio y empezó el guateque.

Cuatro cursos que he tomado y jamás me había divertido tanto en una cena de cierre: un memorable concurso de baile donde la manada estaba apabullante, tanto los que con-

---

* Nudo elaborado habitualmente con cuerda plástica o piola para mantener unida la pañoleta scout.

** Cabeza de turco elaborado con una cuerda de cuero por los scouters que completaron su formación básica como adultos dentro de escultismo.

cursaron como la "porra oficial". No sé cómo nos aguantaban con el escándalo que traíamos. ¿Quién iba a pensar que el grupo 55 de Coyoacán iba a deslumbrar sacándole brillo a la pista, con nuestra Raksha y el jefe de tropa avanzando hasta las finales? Rama y Garra Blanca sudaban la gota gorda; también, claro, la pareja de comité de más de sesenta años, nos sorprendió a la hora de bailar rock and roll y chachachá, pero entre gritos, silbatos y porras, la manada estaba imparable.

El frío y el sueño se nos olvidó a todos entre globos, antifaces, nudos volando por ahí y por allá, disfrutando de nuestros últimos momentos juntos como un equipo, como una manada, ya que al terminar cada uno tomaría su camino con su propia manada.

00:00: Como cenicientas, el encargado del campo se acercó a darnos el aviso de que ya era media noche y que debíamos que terminar, no sin antes una canción más; a esa hora ¿quién dijo frío?, ¿quién dijo sueño? Aún teníamos batería; bueno, la suficiente para llegar al campamento y en una fogata compartir algunos cuentos, leyendas y una que otra anécdota.

01:30: Mi cuerpo no pudo más. O luchaba contra el frío o contra el sueño; así tras una semana de desvelos y un día agotador física y emocionalmente, me rendí y me fui a dormir; tan profundo caí, que no supe en qué momento se metieron las demás.

08:30: Bagheera y su dulce voz me sacaron de mis satisfactorios sueños. ¡Ups!, creo que nos toca la escolta; bueno, a mi seisenero le toca la escolta, pero por el frío y las ganas de seguir durmiendo, se le hizo un poco tarde, así que me tuve que apurar y llegar lo menos retrasada a formación, aunque no fui la única; a varios se les pegaron las cobijas también.

09:00: Desayunamos con los hermanitos de la seisena gris, con quienes unimos la comida para alimentarnos mejor; esta vez fue alambre, huevo con jamón y queso, leche y, claro, café de olla que se acabó en un abrir y cerrar de ojos.

10:00: Un pequeño bloque de actividades, una plática de alimentos y cuidado de ellos en campamento y algunos temas más generales.

13:00: Ceremonia de pase. Con nuestro lobato mayor, nos mostraron cómo debería hacerse una ceremonia de pase y, aunque era simulado, nos exprimió el corazón. Pero lo que más nos pegó, fue la despedida del viejo y cansado Akela, para dar paso a un nuevo jefe; a muchos nos movió porque sabíamos que nuestro momento llegaría y tendríamos que dejar a nuestras manadas.

14:00: Clausura del curso y entrega de certificados. Ese momento memorable lo podría resumir con la frase "Entrar para aprender, salir para servir". Aquellos que hayan terminado un curso de Insignia de Madera lo podrán entender, y para los que aún están pensando en tomarlo, solo les puedo decir que es una experiencia que jamás olvidarán.

Después de esto, muchos agarraron camino a casa, mientras los que compartíamos el camión nos regresamos a los cubiles a comer y descansar un poco. Con una buena plática y un hermoso detalle de nuestra mama Kotick, terminó nuestra última cacería juntos.

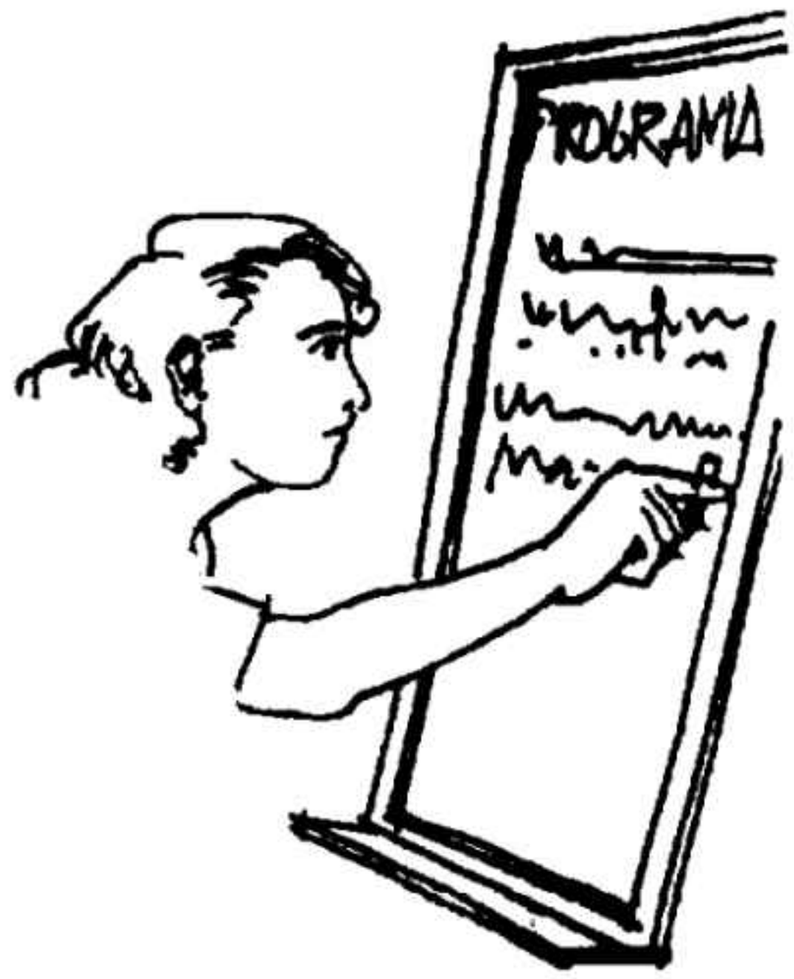
17:00: Subimos al camión y pasamos lista. ¡Ups!, creo que nos falta uno, pero llegó corriendo para que no lo dejáramos.

Así llega al final una etapa más y agradezco a mis hermanitos con quienes cacé garra con garra; a mi seisena que, a pesar de la diferencia que tuviéramos, siempre nos apoyábamos en las buenas y en las malas.

Gracias a todos y de todo corazón. "Buena caza, largas y prosperas lunas."

Estimado lector, si después de esta narración se sigue preguntando qué es el mecahilo, les diré, básicamente en una cuerda trenzada de henequén, muy recomendada para realizar amarres y construcciones por su facilidad para tensarse, alta resistencia y bajo costo.

La crónica del tiempo



La vida no es más que una fracción de tiempo, por lo que hay que disfrutar cada segundo al máximo, ya que una vez que ha pasado, jamás lo podremos recuperar.

Esta historia la dedico a esa persona especial que el destino puso en mi camino hace un año, y fue el mismo quien nos permitió crear esta maravillosa amistad.

Esta crónica es mi manera de decir: ¡Gracias hermanita, por seguir mis locuras y siempre cuidarme!

Sábado 4 de julio, 18:00: Tratando de salir del local a tiempo. A decir verdad, mi local está muy cerca de la Central de Camiones del Sur, pero bien sabía que jamás terminaba a las seis de la tarde, por lo que confiaba en que llegaría rápido.

19:00: ¡Ups!, creo que ya tendría que estar en la central y aun no salgo de mi local, pero tuve un respiro, cuando me dijo que ella me avisó por su celular que tampoco había salido de su local.

19:15: Un carro blanco tocó el claxon; ¿Será que le estorbo o quería que me subiera a la banqueta? Para mi sorpresa, era mi subjefe de grupo y mi pequeña Nama, quienes se ofrecieron a acercarme a mi destino.

19:20: En la Central recordé la canción de Alex Lora. "Esperando mi camión en la terminal del ADO". Bueno, yo es-

peraba a mi hermanita para irnos en los famosos Pullman de Morelos y, sentada en el piso, escuchando música me dispuse pacientemente a esperarla.

19:50: Mi hermanita llegó con su mochila, casa de campaña, chamarra y otras cosas colgando; ella siempre tan precavida, y yo... mmm, presiento que se me olvida algo, porque mi mochila está muy pequeña a comparación de la de ella.

20:00: Una vez comprados nuestros boletos, fuimos a cenar.

(Paréntesis cultural, ¿sabía usted que, en la Central Camionera del Sur ningún negocio ni expendio recibe tarjeta? Tómelo en cuenta la próxima vez que viaje.)

20:15: —Oye, ¿a qué hora es la salida? —le pregunté.

—A las ocho y cuarto, pero siempre salen tarde —me contestó.

—Oky, pues vayámonos.

Llegamos al andén del autobús y escuchamos al despachador decirle al chofer:

—Solo faltan el veintitrés y veinticuatro.

—Creo que somos nosotras.

Una vez arriba, arrancó el camión.

Así empezó la travesía, acompañadas de una excelente platica recorrimos el camino a Tepoztlán.

22:30: Bajamos todo lo que traíamos y, después de meditar entre caminar o irnos en carro, nos convencimos de que estaba muy oscuro y nos perderíamos, así que por ochenta pesos tomamos un taxi.

22:55: ¿Sabía usted que Meztitla no lo cierran? Así es, preocupadas por la hora, al llegar preguntamos en la recepción, y descubrimos que se reciben campistas en cualquier horario. Solo hay que avisar previamente, si uno va a llegar después de medianoche.

Después de platicar un poco, averiguamos dónde estarían los del curso de formación y saludamos a nuestros dos padres formadores, a quienes me dio mucho gusto verlos y

abrazarlos, ya que, se habían convertido en personas muy importantes para nosotras.

23:15: Ellos acampan en el amate verde, así que nos fuimos a los cubiles; y como buenos campistas, buscamos la mejor zona para poner la tienda.

(Paréntesis cultural: Si usted ve una zona plana cerca de los cubiles llena de árboles y piensa que éstos le cubrirán de la lluvia, está muy equivocado. Por favor no ponga su casa ahí, porque terminará flotando en una laguna.)

Para quien ha acampado en Meztitla, conocerán los diluvios torrenciales que caen de la nada y esta vez no fue la excepción; del primer cubil a la zona de fogatas, la lluvia se soltó con ganas, por lo que tuvimos que correr a la tienda.

23:45: En cuanto el agua aminoró un poco, corrimos a nuestro cubil, que para nuestra sorpresa encontramos unos chicos de la provincia Benito Juárez, dos claneros y su jefa de clan, y mientras echábamos un volado para ver quién iba a la tienda de acampar por las cosas para el café, el ambiente se empezó armar.

Una vez que planeé la estrategia, me lancé a la misión para traer las cosas que, con la lluvia y el frío, se antojaba un buen café, aunque fue más fácil traerme la mochila completa: lata de alcohol en gel, parrilla, pocillo, canela, café, azúcar. Oky, todo listo.

01:00: Necesitamos más agua para café, así que vayamos con los vecinos del Amate verde, para ver si nos pueden regalar agua y leche.

01:40: Regresamos para seguir la plática y, mientras transcurría la noche, poco a poco se fueron desapareciendo del cubil para irse a dormir, quedándonos mi hermanita y yo, quien amablemente me prestó su sudadera para revisar si nos habíamos inundado. Lo bueno es que no fue así, o por lo menos no en ese momento.

03:00: Después de acabar la plática ¡y ver luces extraterrestres!, por fin nos metimos a descansar.

Alguna de las tantas veces que has ido a acampar has disfrutado de ese delicioso aroma de tierra mojada, de lluvia, la neblina baja mezclado con el olor del café; probablemente lo hayas percibido, pero ¿realmente lo has disfrutado?, ¿te has detenido un momento y llenado los pulmones de tan delicioso olor? Esta vez lo pude hacer, con tranquilidad y sin preocuparme por otra cosa que no sea el café. A eso le llamo disfrutar del momento.

08:00: La voz de un lobo-pantera me despertó del placido sueño en el que estaba, ya que venía a visitarnos y compartir el desayuno, pero nosotras aún no habíamos salido de la tienda de campaña; bueno, ni del sleeping.

08:30: El sol empezaba a salir y yo saqué la cabeza de la tienda para disfrutar de la naturaleza, ese maravilloso momento en que los rayos del sol se cuelan entre las hojas de los árboles y los pájaros de todo tipo empiezan a cantar.

He de confesar que quería ver el amanecer desde el Dado; sin embargo, con la lluvia y la poca luz que nos daba la luna, era un poco peligroso, así que tendré pretexto para regresar y emprender esa aventura.

09:00: El hambre apremia y hay muchas aventuras por hacer el día de hoy, por lo que empezamos a preparar el desayuno: hot cakes con nueces y arándanos, ¡sonaba excelente! Hubiera sido un delicioso desayuno si no fuese por un pequeño detalle que aprendí: jamás había usado latas de alcohol, y la flama que generan es demasiado baja como para cocinar, por lo que decidimos mejor desayudar en el pueblo.

09:45: Después del éxito no obtenido con el desayuno, nos cambiamos, guardamos las cosas y, claro, verificamos que todo estuviera perfectamente acomodado dentro de la tienda de campaña. Preparamos una mochila de ataque con una Coca, la cartera, el iPod para las fotos y un par de paliacates por aquello de los resbalones, torzones y demás.

10:30: Emprendamos camino, claro, no sin antes dar aviso a la recepción por cuestión de seguridad, y pasar a la tienda por más agua.

(Paréntesis cultural: Estimado campista, si sales de la zona de acampado para realizar una excursión, por más larga o corta que esta sea, siempre es importante dar aviso en la administración, proporcionando el destino que llevas y, sobre todo, una hora estimada de regreso, por si te llega a pasar algún incidente durante el trayecto, los servicios médicos y/o de rescate, sepan dónde ubicarte.)

Fue una caminata amena por un maravilloso pueblito pintoresco, pero lo que disfruté más era esa plática con quien, ya no era solo una scouter más, ni compañera de curso, sino una sincera amiga con quien compartir esos detalles que te identifican como la auténtica persona que eres.

11:00: Después de un sinfín de historias, subidas y bajadas, llegamos a la primera parada: el mercado de comidas de pueblo de Tepoztlán. Almorcé una quesadilla de flor de calabaza y otra de chapulines, por supuesto acompañado de un litro de agua de alfalfa con piña y limón, que nos serviría mucho para hidratarnos.

11:30: Empieza el desafío, el ascenso del Tepozteco.

Nota cultural: El Tepozteco es una zona arqueológica que se localiza a más de 2,000 metros sobre el nivel del mar, y a 600 metros sobre el valle de Tepoztlán, ésta fue edificada entre los años 1150 y 1350 D. C.

Seiscientos metros de subida en un clima cálido-húmedo, con un aire tan denso que te lo puedes comer a mordidas, es casi el doble de distancia que se sube en el Dado.

Durante la subida, nosotras continuábamos con nuestra platica, aunque entre más subíamos, más humedad sentíamos en el aire. Poco antes de llegar a la mitad del camino, nos encontramos con un par de chicas que también batallaban con el ascenso, pero iban hablando entre ellas en un idioma diferente; claro, nuestra curiosidad era tanta que empezamos a

deducir que idioma hablaban, y así pasamos por francés, ruso, alemán y otros idiomas raros. Cuál sería nuestra sorpresa al descubrir que lo que hablaban era hebreo, acústicamente delicioso.

Dentro del recorrido, no podían faltar las fotografías que nos recordarán la esencia mágica del lugar; pequeños animales e insectos, zopilotes que surcaban el cielo en un baile mágico, y el maravilloso coatí que nos recibió en la cima de la montaña. Un sinfín de aves se pueden escuchar durante el ascenso, pequeños reptiles que escapan por la maleza del lugar. El simple hecho de estar paradas ahí, en medio del recorrido, nos hacía parte de esa magia tepozteca.

Algo que no solo se veía en la naturaleza, sino también en las personas que iban subiendo: durante el ascenso, puedes ver como las persona a tu lado viene cuidando unos a los otros, reduciendo el mundo, el tiempo y el espacio a un camino de subida, un camino que te hace empático con personas que a lo mejor jamás volverás a ver, pero que, en ese trayecto, se convierten en tu equipo de apoyo.

Al llegar a la cima lo festejamos, no sin antes tomar un respiro y ver que los que iban con nosotros también hubieran llegado.

Decidimos subir a la pequeña pirámide que hay en la cima de la montaña y sentir la satisfacción de haber logrado llegar; agradecimos la oportunidad de apreciar una de las mejores vistas del estado de Morelos.

Cuando descansábamos en la base de la pirámide, el corazón volvió a su ritmo normal, dando gracias en silencio a ese "Ser Supremo" por habernos permitido estar ahí.

Observamos que las nubes amenazaban con lluvia, por lo que emprendimos el camino de regreso y, justo en el momento que empezábamos a descender, subieron un grupo de personas con caracoles, inciensos y copal a darles gracias a los dioses del Tepozteco.

La bajada la hicimos en un tercio del tiempo que tardamos en subir, esquivando piedras y capturando las imágenes caprichosas que nos permitía ver la naturaleza.

Al llegar al punto inicial de nuestro ascenso, nos fijamos en la hora: eran las dos y media, justo tres horas había durado nuestra aventura de altura, aunque en ese momento no sabíamos que otra aventura se nos aproximaba.

14:30: Mi hermanita me permitió un pequeño detalle goloso, ya que Tepoztlán es el único lugar donde podrás comer Itacates, una especie de quesadilla de masa, hecha cien por ciento a mano y con un delicioso queso que se deshace en la boca al morderlo. Debió admitir que también a ella le gustó.

14:40: Pasamos a una farmacia por una sal de uvas y no por algún problema estomacal, sino para neutralizar el ácido láctico de los músculos de las piernas y evitar ese horrible dolor muscular.

¿Quién va a Tepoztlán sin comer con una tepoznieve? Claro, buscamos un puestecito y después de probar varias opciones, nos decidimos por una nieve de luna y una nieve tepozteca. Y hablando de la luna, ¿sabía usted que Meztitla se deriva del náhuatl y significa "En el lugar de la luna", ¿o "Lugar cerca de la luna" ?, y se debe a que en una de las paredes del cerro Tlalmitépetl, al pie del cual se encuentra la zona de acampado, puede apreciarse una luna pintada, junto con otras pinturas rupestres cuyo origen exacto se desconoce.

Disfrutando de nuestra nieve empezamos a planear el camino de regreso, y recordé que hace muchos años había un camino que te llevaba del Tepozteco a Meztitla, entrando por la parte trasera del Amate Verde, y en la plática de la noche anterior, nuestros amigos del clan nos confirmaron su existencia, así que preguntamos por aquel camino y, con indicaciones un poco confusas, emprendimos la caminata.

En cualquier relación de amistad, hermandad, familiar o parecido, siempre hay una persona loca, aventurera, que se avienta a caminar y redescubrir el camino al momento, y una persona cabal que toma las precauciones pertinentes,

que prefiere preguntar antes de aventarse, además de que sabe a quién preguntar y seguir las explicaciones. Así y solo así funcionará de forma adecuada la relación ya que, si ambas personas son cabales, jamás se animarán a la aventura, y si ambas son locas y aventureras, probablemente tarden siete veces más tiempo de lo que deberían de haber tardado en llegar. A esto le llamo "Ley social de complementación".

La primera indicación fue: caminen hasta la primera calle que hay bajando el Tepozteco, donde darán vuelta y seguirán derecho hasta el poblado de Santo Domingo, donde deben preguntar por la zona de acampado de Meztitla, para que les den mejor detalle del camino.

Solo me quedaba una pregunta: ¿cómo sabremos que estamos en el poblado de Santo Domingo?, pero sin tomarle atención a mi pregunta, continuamos caminando y planeando como mejorar al mundo. Tiempo después, y dándole razón a mi ley, mi hermanita se paró en una tienda a preguntar si ya estábamos en el poblado de Santo Domingo y pedir mayor detalle del camino que deberíamos seguir.

Segunda indicación: puede seguir derecho, en la tercera calle, dar vuelta a la derecha y al topar con pared, dar vuelta y caminar cuatro cuadras más, dar vuelta nuevamente en la tiendita y seguir… después de tantas vueltas, me perdí y dejé de prestar atención, hasta que dijo: o más sencillo, sigan derecho hasta topar con pared, den vuelta a la izquierda hasta topar, luego derecho y al topar con pared nuevamente den vuelta a la izquierda, y donde encuentren los tres árboles en medio del camino, ahí darán vuelta a la derecha y seguirán derecho hasta llegar al campo escuela. Sencillo, ¿no?

Optamos por la segunda opción de caminar hasta topar con paredes aunque, mientras más caminábamos, más solo nos parecía el lugar; cada vez había menos casas y más terrenos abandonados, las subidas cada vez eran más pronunciadas. A este paso nos encontraríamos nuevamente la pirámide del Tepozteco.

Tomamos aire y valor para enfrentamos a una gran subida pronunciada, mientras observábamos que estábamos de la cordillera por lo que no podíamos estar tan lejos, así que subimos y fue ahí donde escuchamos nuestra salvación.

Estimado lector, si decide descubrir un nuevo camino, por favor, mantenga siempre los ojos y los oídos bien abiertos, para poderse guiar por cualquier indicio que le marque hacia donde está su destino.

Como buenas lobeznas, escuchamos los gritos de: "¡Scouts siempre… listos!" que provenían de la zona de acampado, así que, siguiendo nuestros instintos de caza, nos guiamos por el sonido, hasta llegar por fin a nuestro destino.

La vegetación era más densa y el camino empedrado ahora se convertía en terracería, que después se convertiría en un sendero estrecho entre la vegetación y acabó siendo un pequeño camino de tierra cubierta por una ligera capa de pasto que, por cierto, se dirigía nuevamente hacia arriba.

Nuestros únicos puntos de referencia eran los gritos de los chicos que festejaban su cierre de curso y la imagen del Dado, así descubrimos la segunda ley social: la preocupación aumenta directamente proporcional a la escasez del sendero, por lo que se imaginará la angustia por la que pasamos cuando, de repente, desapareció el sendero y con ello alguna huella de civilización, quedando solo una pared de tierra y una barda que dividía una pendiente; claro, la angustia fue momentánea, porque de repente escuchamos nuevamente los silbatazos y dedujimos que nuestro destino estaba muy cerca. Pero, ¿cómo llegar a él? Muy sencillo: en la barda había un pequeño hueco, y por ahí nos pasamos deslizándonos por la pendiente llena de vegetación alta, tratando de pisar con cuidado y evitando arrastrar los pies para dañarnos lo menos posible hasta llegar a la segunda cerca de alambre, en la cual vimos otro hueco que nos llevó a nuestro glorioso destino.

Jamás habíamos estado tan felices de llegar a Meztitla, por lo que, con paso firme y llenas de tranquilidad, cruzamos

por el Amate Verde, llegando a la explanada de las astas banderas, donde pudimos festejar el haber llegado sanas y salvas.

Espero nunca olvidar esa aventura, ese camino redescubierto, porque un scout jamás se pierde: solo explora caminos nuevos para llegar a su destino. Pero lo que lo hizo más especial, fue compartirlo con esa persona tan valiosa, que si teníamos una amistad unida, esta aventura nos unió más y, tal vez dentro de muchos años, nos seguiremos riendo de esta travesía.

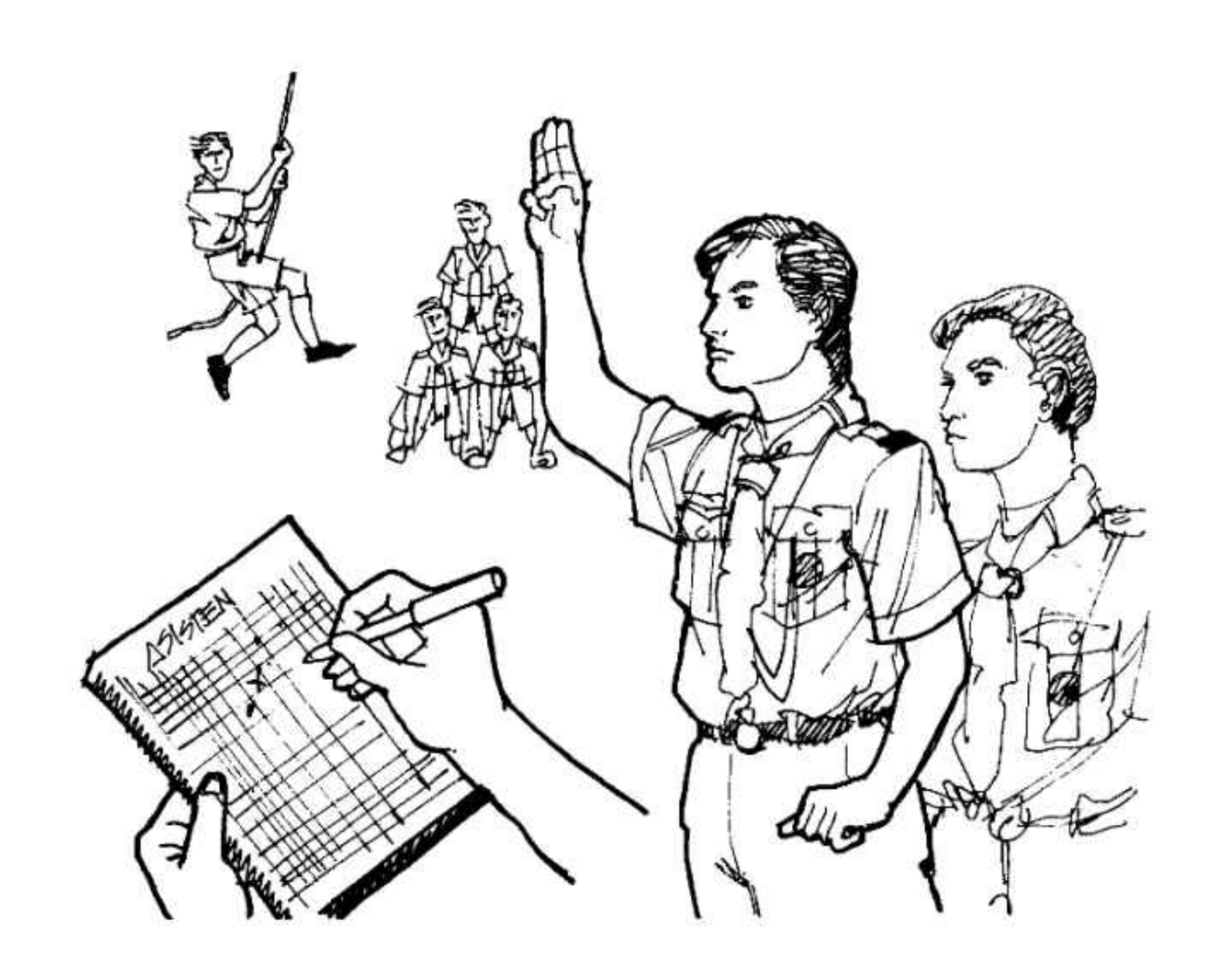
Una vez que descansamos y dimos aviso de que habíamos llegado, nos reencontramos con algunos de los hermanos de nuestra generación de cursantes, y entre abrazos, fotos y alegría fuimos a recoger nuestro campamento, teniendo la esperanza de que un alma bondadosa se apiadara de nosotros y nos pudieran dar un aventón a la entrada del pueblo, para comprar el boleto de regreso a la ciudad.

Al salir de Meztitla, una foto capturó nuestros rostros de tranquilidad y satisfacción; nuestro viaje había sido mejor de lo planeado, pudiéndonos relajar y tomarnos un respiro de la vida ajetreada de la ciudad.

Así empezamos a caminar, dejando atrás esas puertas que encierran un sinfín de conocimientos e interminables historias, y mientras caminamos por el desfile de carros que se despedían de nosotros, llegó el alma generosa que se detuvo y nos invitó a subir, dándonos un pequeño aventón a la terminal. Y vaya alma generosa que nos fue a recoger: era el director del curso que había terminado, excelente formador, jefe de grupo, scouter y dirigente, que junto con uno de sus subjefes de grupo y uno de sus colaboradores, un venezolano muy divertido, nos ofrecieron llevarnos a la ciudad.

Así concluyó nuestro viaje en una cómoda camioneta, donde comimos un cuernito de atún y fresas con crema, nos reímos de los chistes que contaba el venezolano y pasamos un tiempo muy agradable con nuestros hermanos de la provincia Benito Juárez, dejando pendiente una visita a su grupo.

Y a pesar de todo, valió la pena



La vida de un scouter está llena de recuerdos imborrables, muchos de nosotros pasamos la vida entera en el escultismo, otros se van uniendo en el camino, y muchos más se unieron a este movimiento ya como adultos.

Yo tuve la maravillosa oportunidad de empezar desde las gacelas, en un ambiente de fantasía; aún recuerdo algunas cacerías por el bosque de Foresta Andii, junto con mi Vantha y sus consejeros, los acantonamientos en la casa de Pranam, mi primer campamento en Meztitla, a mi mamá como jefa de grupo y las interminables juntas que había en mi casa.

De la tropa tengo más recuerdos; claro, cuando veo mis rodillas llenas de cicatrices, es como revivir cada aventura que pase junto con mi patrulla; como ese sábado en que nos enseñaban ascenso en cuerda sobre un árbol, pero cuando me tocó a mí, inexplicablemente, terminé colgada de cabeza, aterrada por no caer; cómo olvidar las pistas topo en el metro, o el sábado justo después de ver las olimpiadas, que se me ocurrió brincar los arbustos tomando mi bordón como garrocha; obviamente, no funcionó y acabé con la pierna enredada en un alambre de púas. Aún tengo esa cicatriz.

En la tropa de expedicionarias viví mis mayores aventuras, más planeadas y más consciente de los riesgos. Aquel

campamento elevado, o cuando acampamos dentro de las grutas del Chontal; esas caminatas interminables, canciones, competencias, banderines y la místicas que marcaban el espíritu de la tropa; esas pláticas de noche con mi mamá mientras le quitaba el lodo de las botas y las manchas misteriosas de la camisola que salían una y otra vez; también, ahí fue cuando sucedió un evento que lo cambiaría todo, un pequeño cuento que escribí por el puro placer de hacerlo, ya que nunca pensé que fuera publicado en la revista scout de ese momento, un cuento titulado "El origen de la selva del Seeonee" y, como su título lo indicaba, éste daría inicio a una nueva etapa en mi vida.

A los diecisiete años y medio empecé apoyar a la manada de lobatos; aunque el comienzo fue un poco complicado, era muy nerviosa y había tanto que aprender, leer y entender, que pensé que jamás lo lograría. Recuerdo esas largas horas que pasábamos practicando y planeando la cacería, para que, al llegar el sábado, todo se me olvidará y me confundiera entre tantas historias, lugares y personajes.

Cumpliendo los dieciocho años, me integré oficialmente a la manada de lobatos del grupo 55 de la Gustavo A. Madero, y fue cuando empezó la aventura como adulto.

Recuerdo mi primer curso de formación básica, y debo admitir que hubo un momento que quise tirar la toalla y abandonar la misión, pero ya era parte de un excelente equipo que no me dejó darme por vencida.

Poco a poco aprendí y tuve mis propias experiencias, entendí y viví lo importante que era que el equipo remara hacia el mismo objetivo.

Aún sigue viva en mi memoria la cacería en la que dejé de ser Daniela, para convertirme en Capucha Blanca y, años después, salí de las moradas frías para llegar a una peña cerca de Waigunwa, donde me convertí en Kaa, una serpiente vieja, sabia y llena de historias que contar, ese nombre de

selva me acompañaría por el resto de mi vida, dentro y fuera de la selva.

Definitivamente ya no era el mismo viejo lobo, ahora había convertido mi entorno en mi propia selva; en casa tenía un Baloo (mi madre), que siempre me enseñaba todo lo que necesitaría para sobrevivir en el mundo, una Bagheera, que la había conocido como Raksha, quien me brindó su apoyo y mucha paciencia para tener lo necesario para cazar a cada presa, además de una maravillosa amistad que nadie iba a imaginar. También tenía un Akela que me mostraba como lograr el equilibrio entre la familia, el trabajo, la manada y la vida personal.

Para los ojos de los demás, yo les enseñaba a los lobatos, pero en realidad ellos eran los que más me enseñaban, haciéndose parte de mi vida y teniendo un gran lugar en mi corazón; reía, jugaba, cazábamos juntos y cada vez que uno se iba, dejaba un hueco dentro de mí.

Imposible olvidar cuando tuve que despedir a ese lobato con el que crecí y encaminarlo a la aldea del hombre, sabiendo que no volvería a cazar con él. Recuerdo esas palabras que le dije antes de que tomara su camino: "La selva siempre será tu hogar y en ella te estaremos esperando con los brazos abiertos".

Hace algunas lunas, tuve que dejar la selva para enfrentarme a una nueva aventura, así que, entre abrazos, lágrimas y palabras, pude saborear la ola de recuerdos que venía a mi mente y tomar camino para regresar a la aldea del hombre; sin embargo, uno de los lobos fue quien me recordó que siempre sería Kaa, la misma que creció en manada, llevando en el corazón a cada uno de sus cachorros y a cada viejo lobo que le enseñó a crecer y ser una mejor persona.

Yo tenía dieciocho años cuando lo conocí; era un lobo tímido, sabía que tenía problemas en casa y lo único reconfortante era cazar con la manada, ahora él tiene dieciocho años y yo veintinueve, pero esa mañana, cuando lo vi bajar

corriendo de un puente peatonal, fue como si volviera a ver al mismo lobato que corría sábado a sábado para cazar con nosotros.

Ese mismo día me platicó que estaba por empezar la carrera de medicina y que acababa de obtener su cargo como subjefe en manada de lobatos, por supuesto, siendo Kaa.

Ser scouter no es solo llenar formatos, largas juntas y material que hacer sino, también, trae consigo grandes satisfacciones, amigos invaluables, colegas con los que aprendes a la par y grandes personas que admirar.

Se te hace hueco en el corazón con cada niño que ves alejarse y esperas que, con lo poco o mucho que hayas dejado en él, pueda enfrentarse al mundo, demostrando que es un individuo comprometido con la sociedad y consigo mismo; que busque dejar al mundo en mejores condiciones de como lo encontró, que se convierta en ese lobo, y que después de haber cazado juntos durante muchas lunas, se despida diciéndote:

—Buena caza, Kaa, fue un placer cazar contigo y, pase lo que pase, siempre te llevaré en el corazón.

Esos momentos son los que te muestran que, a pesar de todo, ¡valió la pena!

¿Y ahora qué haremos en los scouts?

En la vida creces, maduras, evolucionas y, sobre todo, te adaptas.

Igual nos pasa en los scouts: entras a manada, etapa inicial donde todo está envuelto en una fantasía, descubres el mundo, las cualidades que tienes y haces esos primeros lazos de amistad.

En la tropa, la siguiente etapa, la fantasía se convierte en una batalla donde descubres el mundo y lo amplio que puede ser; te descubres a ti más allá de los límites, explotas tus habilidades para sobresalir; además, te preocupas por una patrulla, esos amigos que hiciste en la manada ahora son tus hermanos y acompañantes de aventuras.

Ya en comunidad —lo que antes llamábamos expedición—, abres los ojos más allá del mundo que conocías, te sorprendes de hasta dónde puedes llegar, te identificas como miembro, ya no solo de un equipo, sino de una sociedad. El escultismo deja de ser un juego y se convierte en un estilo de vida, te das cuenta de los hábitos que te has forjado y es donde te planteas la pregunta: ¿cómo dejaré este mundo en mejores condiciones de como lo encontré?

La vida sigue avanzando hasta llegar a un clan, la última etapa del camino como muchacho scout, donde creas y ejecutas tu plan de vida, fijas metas personales y, lo más

importante: volteas a tu alrededor y te das cuenta de que el mundo necesita de ti, así como tú necesitas de él. Aquí tomas las decisiones que marcarán el camino en tu vida.

Y al terminar esta vida como muchacho dentro del Movimiento, te preguntas: ¿ahora qué?, ¿qué más hay?, y te encuentras con dos caminos, uno, salir a ver el mundo, poner en práctica lo que aprendiste para tener una buena vida y, el otro, devolver lo que, durante muchos o pocos años, el escultismo te dio.

Hoy me preguntaba: "¿Por qué sigo en los scouts?" Claro, estoy aquí porque durante varios años hubo personas que dedicaron su tiempo a guiarme y forjarme los buenos hábitos que hoy en día definen lo que soy; ahora, me toca a mí guiar, convertirme en sembrador, cuidar y proteger esas semillas que llegan a nosotros, y darles todo lo posible para que crezcan y se sustenten por ellas solas.

Pero como adultos, no todo es ser sembrador, también está la parte de dirigencia, donde en palabras simples, "sirves al que sirve"; como dirigente te despegas un poco de la vida de sección y miras las cosas desde un punto de vista diferente, más amplio, ya no solo importa tu sección, sino te preocupas por el bienestar de todo grupo.

Realmente tengo poco en esta área, sin embargo, espero poder ser de utilidad.

Por lo que disfrutemos de ésta, y llevemos a la practica el lema: "Siempre listos para servir".

Noticias de la selva

La quietud prevalece en el Seeonee, el sol se empieza a ocultar, mientras la manada de lobos despierta y se prepara para una noche de caza; algunos son pequeños y no están listos cazar solos, pero otros destacan por ser grandes y fuertes cazadores.

Ya han pasado varias lunas desde que Akela no está, por lo que Raksha se ha quedado al frente de la manada cuidándola y manteniéndola unida, el trabajo ha sido arduo y satisfactorio.

También yo he tenido que salir a cazar lejos de la selva, pero a través de Chil nos hemos mantenido comunicadas, contándome cómo van las cosas en la selva y cómo han crecido nuestros lobos convirtiéndose en excelentes cazadores, y como los cachorros llenan la manada de aire nuevo.

¡Ah, mi querida Raksha!, cómo extraño cazar con tus lobitos, trepando entre ramas, luchando y apretándolos entre mis anillos, escuchando sus historias y contándoles lo que he visto en esta selva.

¿Cuántas cacerías hemos compartido, con un sol implacable o lluvias torrenciales? Inolvidables aventuras, amiga mía.

A veces el destino nos lleva a cazar por tierras diferentes, pero el aullido de la manada siempre me acompaña y, en muchas ocasiones, antes de salir a cazar miro al cielo y sé que bajo esta misma luna te preparas con la manada para salir a cazar, y solo le pido que cuide de ti y tus lobos, para que tengan una larga y prospera cacería.

Esta mañana mientras descansaba en lo alto de una peña, Chil llegó con una gran noticia:

—El consejo de la selva ha tomado una decisión y después de tanto tiempo la manada volverá a tener un Akela.

Llena de alegría limpié mi piel: había llegado el momento de visitar a Raksha y compartir esta importante ocasión.

¿Pero qué motivo le puedo dar para mi visita? ¡Claro!, ¿cómo se me podía olvidar?, esta vieja víbora cumple años, razón suficiente para convencer a Raksha de cazar con sus lobos y recordar los viejos tiempos.

Es emocionante la idea de volver a cazar, pero lo que más alegría me da es saber que al fin reconocerán su trabajo, así que mande a Chil con un mensaje para Raksha: informarle que me gustaría compartir la cacería para celebrar un año más de vida.

El camino fue largo, un poco accidentado y con algunas demoras; Raksha junto con la manada se preparaban para una buena cacería, mientras yo me abría paso por los caminos del Seeonee.

Raksha mandaba una y otra vez a Chil para saber cómo iba en mi viaje y cuánto faltaba para llegar, pero después de todo, por fin estaba ahí.

—Buena caza y largas lunas, amiga Raksha. perdona la demora, pero heme aquí, lista para compartir la cacería.

La manada era diferente; lobos que recordaba ya habían partido, y cachorros nuevos habían llegado, pero siempre con esa peculiar forma de sonreír y darle vida a todo lo que nos rodea.

Recordé viejas batallas y me alegró ver como los nuevos cachorros compensaban su escaza fuerza con gran habilidad, fue una muy buena cacería.

Pero lo mejor estaba por llegar, palabras más, palabras menos, pero todas esas lunas en que Raksha había entregado al 110% a la manada, por fin era reconocida y recompensada con su nombramiento Akela, y con un gran aullido mostramos nuestro cariño.

El sol empezaba a brillar tras el árbol del Mohwa, y lobos más pequeños se retiraban a sus cubiles para descansar, así que era el momento de partir, y mientras me alejaba revivía los momentos con esa manada que siempre me acompañará en el corazón.

Estoy segura de que dejarás una gran huella en la manada y que después de muchos años, en la selva se seguirán contando las aventuras de aquella Raksha que, por su esfuerzo y valentía, fue nombrada Akela en la manada del Seeonee.

Y si después de alguna complicada cacería te sientes abrumada y no puedes más, sabes que aquí te recibiré con una taza de café y un abrazo que te reconforte.

Buena caza y que la luna te llene de largas y prosperas cacerías, amiga mía.

Atentamente: Kaa

Jamás será la última

Tuvo que pasar más de un año para que pudiera volver a ese lugar, pero esta vez no sería con una manada, sino con una persona muy especial, el destino lo cruzó en mí camino. Ambos estábamos emocionados, porque para él sería la primera vez que acamparía, y para mí sería regresar al lugar donde había vivido mi última cacería.

El arte de acampar es uno de los placeres más grandes en esta vida, ya que te das un respiro de la ciudad y te llenas de la magia del bosque.

Nuestra aventura empezaba como lo hacen todas, en el transporte público, dos mochilas de campismo, una hielera, una guitarra y tan solo dos personas para cargar.

Microbuses, metro y por último el camión que nos dejaría a pie de carretera, desde donde tendríamos que caminar.

Recorrer ese sendero trajo a mi mente varios recuerdos de caminatas como ésta, cuidando de no rodar o que las cosas no se fueran a caer; dudar de si era el camino correcto, dejándote llevar por el instinto, llegando así a esa pequeña zona de acampado escondida entre los bosques de pinos de Jilotepec, en el Estado de México.

Hicimos los trámites necesarios para entrar, y después… ¡manos a la obra! Por suerte no era época de lluvias, así que encontramos un lugar plano, ideal para poner nues-

tro campamento y tener la fogata cerca sin riesgo de incendiarnos.

La misión era prender el fuego con un pedernal; después de persistir una y otra vez, la fogata fue conquistada y la madera empezó a arder.

Es indescriptible el olor de la leña quemada y el bosque lleno de vida; es una sensación que, una vez que la vives, jamás podrás olvidarla. Nuestra fogata comenzó a tomar forma y altura, y vino a mi mente aquella oración que dice:

Que las llamas se levanten hasta el cielo,
y con ellas el corazón de los mortales.
Que el crepitar de sus candentes brazas
llenen al mundo de amor, luz y alegría,
y que Dios bendiga a todos
los que estamos reunidos
en torno a ella…

Nuestra comida consistió en costillas asadas con cebollines y papas rellenas de jamón con queso, acompañados de café.

La paz de la naturaleza nos acompañaba mientras comíamos, las anécdotas no pudieron faltar.

Estimado lector, si usted quiere conocer a una persona realmente, retire las distracciones tecnológicas, tomen su mochila y vayan a acampar juntos, se sorprenderá de todos los detalles que se pueden ver.

Después de una buena comida y una placentera plática, dimos una caminata para recorrer el lugar, ahí entendí por qué los scouts usamos botas y no tenis, ya que la yesca húmeda se vuelve resbalosa y complica un poco las subidas.

En cada campamento se puede disfrutar de la naturaleza, pero jamás lo había hecho con tanto detalle, sin presión de tiempo, ni programas, ni silbatos, solo ahí, recostados sobre el pasto disfrutando de la noche que nos envolvía, y de

una tímida luna que con esfuerzos de asomaba entre las nubes, tan pequeña e indefensa que, si cerrabas un ojo, podías taparla con un dedo.

La sinfonía del bosque cambia conforme avanza el día; por las mañanas se escucha una melodía diferente que, por las tardes. Pero, sin duda, el mejor número musical se disfruta por las noches.

Esta magia no solo sé que se escucha, sino que también tiene un olor especial y una serie de sombras que juegan en la mente, plasmándose en la memoria y haciendo vibrar cada célula del cuerpo.

El aire se empezaba a enfriar, la luz de la luna se perdía entre las nubes, dejándonos casi en completa oscuridad, por lo que afinamos nuestros sentidos para ubicarnos y regresar al campamento.

Al llegar, encendimos de nuevo el fuego para calentarnos y alumbrarnos un poco, mientras disfrutábamos una noche de bohemia con la guitarra y un buen café de fogata.

Así terminó nuestro primer día, cansados de la travesía para llegar a este pequeño oasis de tranquilidad alejado del ajetreo y bullicio de la ciudad.

La noche pasó tranquila, las gotas de rocío envolvían nuestra tienda, anunciando que el sol estaba por salir. Es magnífico despertar y escuchar la matinal orquesta de aves y pequeños animales que despiertan.

Empezamos el día con un desayuno placentero de huevo con chorizo y café; una vez recargados de energía estuvimos listos para salir a explorar.

Subimos por la ladera, y lo cual fue realmente una travesía hacerlo con tenis por tanta yesca húmeda; me sentía como en los viejos tiempos, balanceándome entre los árboles para no resbalar.

Caminamos por un sendero, observando y disfrutando de la vegetación tan diversa; de repente, un par de personas

se cruzaron con nosotros y, decepcionados, nos comentaron que solo había una roca grande y un río.

¡Vaya, la naturaleza es apreciada según la ceguera de su espectador!, y, como lo dijo el pequeño príncipe: "Sólo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible para los ojos".

Así que llegamos, aquella roca conocida como La peña del Lobo, una majestuosa obra de la naturaleza, tallada en la roca viva que, viéndola desde enfrente, puede apreciarse la cabeza de un lobo.

Ansiosos, subimos por entre los huecos y, al llegar a la cúspide, nos asombró la vista, la infinidad del horizonte y los tonos verdes que había entre los pinos, abetos y plantas silvestres, todo acompañado por el relajante sonido del río, que corría debajo de la peña.

Nos recostamos sobre la roca disfrutando de aquella creación de ensueño, empezamos a ver con los ojos del alma y reíamos al descubrir figuras en las nubes.

En ese momento lo escuché por primera vez, ese aullido tan particular que venía de alguna parte del bosque, con la mirada lo busqué, pero no podía ubicarlo. Pensé que solo era mi imaginación; después de eso nos encontramos una desviación que nos llevaba hacia el rio.

Es curioso ver cómo entre más te alejas de la civilización, más te puedes sorprender de las maravillas que hay en la naturaleza, el juego de colores y formas en las flores, la gran variedad de olores y las texturas que te rodean.

Siguiendo el camino encontramos el río cristalino que albergaba una infinidad de rocas alisadas por el continuo flujo del agua, con diferentes colores y formas. Seguimos por la orilla hasta donde nos fue posible, porque la luz del día se terminaba poco a poco y llegaba el momento de volver, antes de que nos tomara la noche por sorpresa y perdiéramos nuestros puntos de referencia.

De regreso al campamento recogimos la leña suficiente para alumbrar y calentarnos; también, vimos que la gente era menos, por lo que podríamos disfrutarlo más y mientras cenábamos, la naturaleza nos proporcionó un maravilloso regalo: una tormenta eléctrica, donde uno a uno los relámpagos iluminaban el horizonte y caían sobre el piso ocasionando un magistral sonido, una danza de sombras entre los árboles que solo en el bosque se puede encontrar.

Ahí, nuevamente, lo volví a escuchar, ese aullido que me estremecía desde lo más profundo. Mis recuerdos se mezclaban entre las sombras, haciéndome ver siluetas conocidas.

Las gotas empezaron a caer, así que cubrimos la leña para que no se mojara tanto, guardamos la comida y nos refugiándonos en la casa de campaña.

En ese momento, a la sinfonía se le sumaria un elemento más, la percusión de las gotas cayendo sobre el toldo de la casa y recorriendo su camino hasta la tierra. Desconozco cuánto tiempo pasó antes de quedarnos dormidos.

La naturaleza nunca nos deja de sorprender: la luz del sol salía, rescatándonos del frío y colándose por entre los árboles, creando el escenario perfecto para renacer, las luces y sombras formaban una red en el piso.

Decidimos regresar a La peña del Lobo y tomar un baño de sol, pero el instinto nos llevó por una desviación a una zona más baja, dejándonos en un plano donde nos sentamos y mientras el sol calentaba nuestros entumecidos cuerpos, disfrutamos de los kilómetros y kilómetros de bosque y de pequeños detalles que crecían de entre las rocas con tan preciso cuidado y perfección que los hacía únicos.

Dicen que todos llevamos un niño interior, travieso e inquieto, capaz de sorprenderse con lo que encuentra a su alrededor, que nos lleva a explotar en una carcajada y nos orilla al límite de nuestros miedos, aunque en mi caso, este niño lo llevo a flor de piel, por lo que subí por entre los huecos a una roca en forma de yegua y, montándola, recargué mi

cabeza en la parte más alta, dejándome maravillar con la luz que se colaba por entre las nubes creando un celestial rayo de esperanza.

El mundo parecía pausado ahí, hasta que escuché una voz que me decía:

—Anda, Pandita, baja de la yegua que tenemos que comer y regresar antes de que oscurezca.

Y tenía la razón, ya que no estábamos seguros de cómo como regresar a la ciudad, por lo que sería mejor que lo descubriéramos antes de que oscureciera; cuando nos alejamos de la peña, volví a ver esa sombra, era un lobo sentado en sus patas traseras aullando al cielo.

Regresamos a nuestro campamento para recoger todo, a pesar de que no quería volver a la ciudad, sabía que en el algún momento lo tendría que hacer. Tomamos nuestras cosas y, con la mente llena de mágicos momentos, recorrimos el camino por el cuál habíamos llegado; al caminar no pude evitar voltear con esperanza de algún día regresar, pero al dar esa última mirada vi que estaban ahí, eran las sombras de Baloo, Bagheera y Hermano Gris en el límite del bosque, viendo cómo me alejaba para tomar mi propio camino otra vez.

Hace más de un año, en estas mismas tierras pasé lo que creí sería mi última cacería, pero después de esta maravillosa experiencia estoy segura de que jamás será la última; tal vez no regrese con una manada o regrese con mi propia camada, pero de lo que estoy segura es, de que el Espíritu de la Selva siempre estará ahí, cuidando mis pasos y siendo parte de las sombras que me acompañan noche a noche.

Estimado lector, si por alguna cuestión no has podido volver al bosque: toma una casa de campaña, tu equipo, y regresa a acampar. Y si por la noche ves una sombra en cuatro patas o deslizándose por entre los árboles, no tengas miedo, porque es el Espíritu de la Selva que te acompaña.

Así que, buena caza, largas lunas, y nunca olvides: "Una vez scout, siempre scout".

Las feroces fauces del escultismo*

Mi entrada en los scouts en el año 1994 fue absolutamente fortuita. Al finalizar la calle donde vivía, en el camellón de Insurgentes detrás del metro Potrero, un grupo de niños y muchachos se reunía a jugar todos los sábados. Mi mamá ya había escuchado hablar "de los dichosos scouts", pero no sabíamos a ciencia cierta de qué se trataba, así que fuimos a ver a qué jugaban dichos niños. Así fue como caí en las feroces fauces del escultismo, lo mejor que me pudo haber pasado en la vida.

A partir de ese día, todos los sábados sin falta salía de casa con mi uniforme —creo haber sido de las últimas generaciones que usó la blusa blanca escolar y falda azul comprada con "el señor Tobón"—, y conocí miles de historias fantásticas con las que entonces todavía eran conocidas como gacelas; debo admitir no solo yo caí en el encantamiento de las dos horas sabatinas, sino también mi mamá, y así fue como poco a poco nos fuimos adentrando en el escultismo. ¡Qué recuerdos!

Mi vida de tropera no fue menos divertida y llena de increíbles aventuras para contar en otro libro, pero donde ocurrió realmente la *magia* fue en la tropa de expedicionarias, lo que hoy en día llaman caminantes, donde de manera igualmente fortuita cayó en mis manos un libro que cambiaría el rumbo de mi vida: *El libro de las Tierras Vírgenes*. Mi tiempo en expedición estaba por terminar y la vida de clan no resultó tan atractiva como esperaba, así que después de un par de labores de apoyo en la manada de lobatos y muchas noches de fogata donde les contaba a los niños improvisadas histo-

---

*Capítulo elaborado por la autora para la presente edición. (*N. del E.*)

rias, decidí que me iría de apoyo con la manada, cosa que no les convencía mucho a sus jefes por mi edad y sus dudas sobre mi verdadero compromiso. Pero me dieron la oportunidad y, a finales de 2002, empecé oficialmente como Capucha Blanca, la serpiente blanca que resguardaba el tesoro del rey. No resultó complicado, porque a los niños les agradaba y tenía un Akela con experiencia y una increíble Raksha, con la suficiente paciencia y perseverancia para enseñarme desde cómo pararme ante los niños hasta llenar el sinfín de formatos requeridos por las personas a cargo de una sección.

El cambio a la universidad, la enfermedad de mi mamá, responsabilidades domésticas… nada mermó mi ímpetu en la manada, más que ayudar a los niños: ellos se volvieron un escape de todas las tensiones sobrellevadas en ese momento. En 2006, tras cuatro años de lucha contra un cáncer terminal, mi madre terminaba la batalla y falleció; además, el último tramo de mi carrera y un mundo de nuevas y desconocidas responsabilidades por atender en calidad de urgente me hicieron imposible continuar con la manada, por lo que decidí hacer una pausa para poner un poco de orden a lo que me enfrentaba.

Pero, como dice el dicho: una vez scout siempre scout, y un par de años después me reintegraría a la manada, ahora en un grupo de los Viveros de Coyoacán, donde tomé la formación como scouter y logré hacer tangible este pequeño libro de experiencias que muestran que "la vida es un aventura digna de ser contada".

Ciudad de México, treinta años después
de aquel sábado en el camellón de Insurgentes

Contenido

Llamada de reunión
Esther Sumiko Ijima Matsuda 5
Nota editorial 7
Introducción 9
Mi primera noche fuera de casa 11
Así empezamos a cazar 15
Una aventura que pudo haber sido el fin 17
Una cacería mojada, muy mojada 23
El principio del fin 33
La crónica del tiempo 43
Y a pesar de todo, valió la pena 53
¿Y ahora qué haremos en los scouts? 57
Noticias de la selva 59
Jamás será la última 63
Las feroces fauces del escultismo 69

La presente obra se liberó en la red durante el mes de abril de 2025.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

TERCERA TEMPORADA

21. Las Pioneras 1, La irrupción de las unidades femeninas en la Asociación de Scouts de México, Yaroslava Guerrero Placencia (coordinadora)

22. Las Pioneras 2. La irrupción de las unidades femeninas en la Asociación de Scouts de México, Yaroslava Guerrero Placencia (coordinadora)

23. Consejos y advertencias para Jefes y Exploradores (1921), Federico Clarck

24. Brownsea, dos historias de 1907, William Hillcourt • Percy Everett

25. Las rutas de la precursora, Ana María Alcocer Peralta (coordinadora)

26. Crónicas de un scouter, Daniela Cruz

27. XXV Campamentos Nacionales (1934-1989), Comité Organizador del XXV Campamento Nacional Scout

28. Semblanzas de Baden-Powell, Jorge Toral • Agustín G. Lemus • et al.

29. Regresamos más fuertes. Cuando los scouts afrontaron una pandemia, Martínez Herrera • Reyes Fragoso (coordinadores)

30. Tres aventuras selváticas rover, Felguérez • Jolly • Quintana

Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx